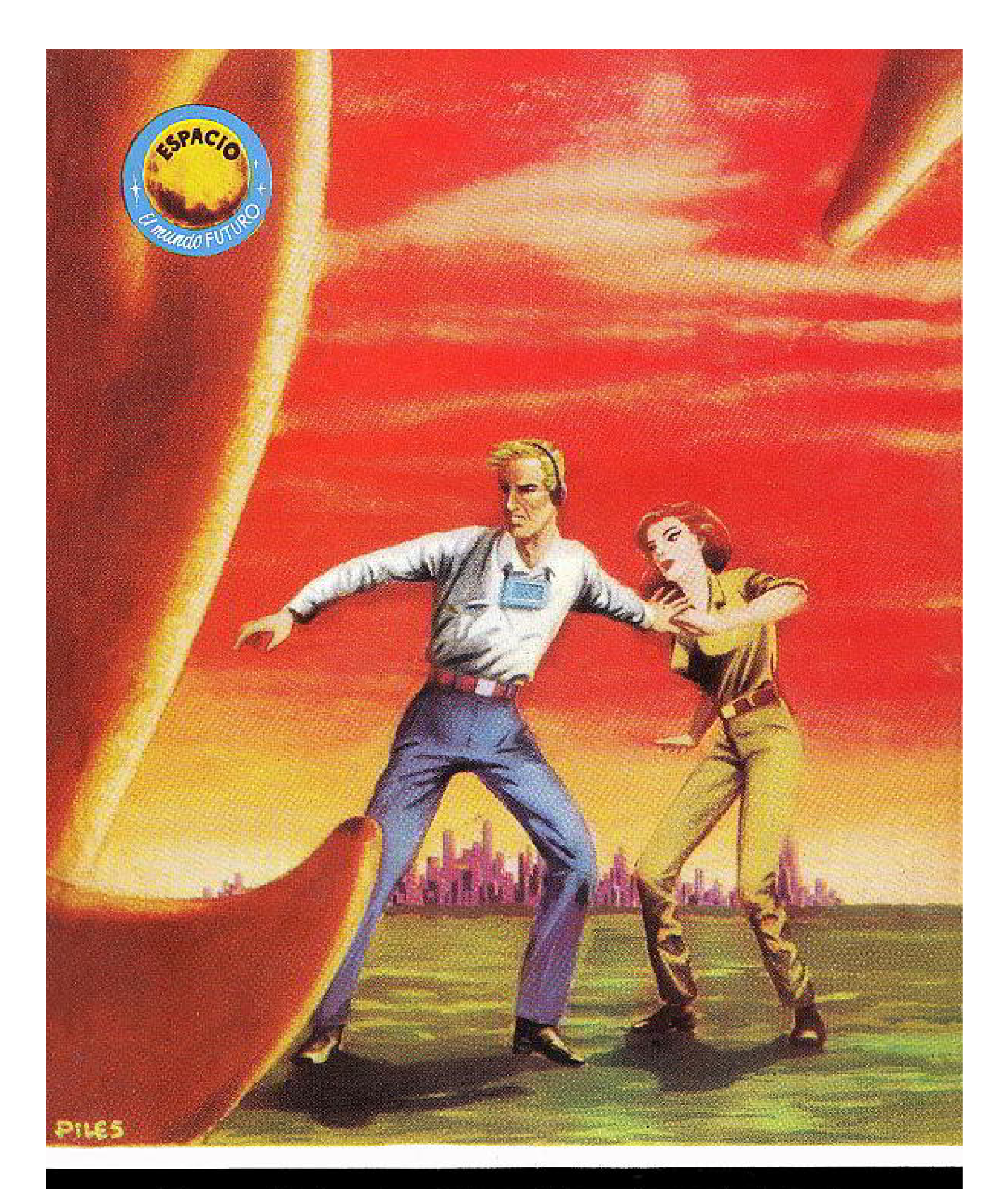


LA BESTIA

CLARK CARRADOS

Por el momento, nadie supo ni tuvo la menor noticia de lo que ocurrió aquel día en las selvas amazónicas. En primer lugar, se trataba de un paraje habitado por tribus de indios todavía en estado salvaje, pese a estar mediado el siglo XXI, lo cual significaba que la dificultad de comunicaciones en aquella zona era extraordinaria.

El gobierno brasileño, por supuesto, tenía un agente que se entendía con los indios y les ayudaba notablemente, siguiendo un plan establecido hacía ya ciento treinta años; pero aunque los indios aceptaban de buen grado la ayuda, seguían mostrándose esquivos y reticentes para con los hombres civilizados, de modo que las visitas del agente a sus protegidos eran muy raras y espaciadas, cada dos meses o más. El suceso se produjo entre visita y visita y, por tanto, el agente, Manuel da Lucem, tardó mucho en enterarse de lo que sucedía en las comarcas que habitaban sus protegidos.



Clark Carrados

La Bestia

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 298

ePub r1.0
LDS 25.09.18

Título original: *La Bestia*
Clark Carrados, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




La BESTIA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO



or el momento, nadie supo ni tuvo la menor noticia de lo que ocurrió aquel día en las selvas amazónicas. En primer lugar, se trataba de un paraje habitado por tribus de indios todavía en estado salvaje, pese a estar mediado el siglo XXI, lo cual significaba que la dificultad de comunicaciones en aquella zona era extraordinaria.

El gobierno brasileño, por supuesto, tenía un agente que se entendía con los indios y les ayudaba notablemente, siguiendo un plan establecido hacía ya ciento treinta años; pero aunque los indios aceptaban de buen grado la ayuda, seguían mostrándose esquivos y reticentes para con los hombres civilizados, de modo que las visitas del agente a sus protegidos eran muy raras y espaciadas, cada dos meses o más. El suceso se produjo entre visita y visita y, por tanto, el agente, Manuel da Lucem, tardó mucho en enterarse de lo que sucedía en las comarcas que habitaban sus protegidos.

En segundo lugar, había algo que acaparaba la atención del

mundo entero. Sólo una guerra nuclear, algo afortunadamente ya descartado como solución para los conflictos entre las naciones, o la fractura del planeta en cuatro trozos hubiera podido constituir noticia de mayor interés que aquélla que acaparaba todas las primeras páginas de cuantos periódicos impresos se editaban y los programas de radio y TV.

Y, ¿qué noticia tan sensacional era aquélla?, se preguntarán mis lectores.

Una que puede resumirse en cuatro palabras, así de sencillo resulta decirlo.

Los primeros seres extraterrestres habían llegado a nuestro planeta.

Fue el triunfo de los escritores de ciencia-ficción, en especial de los que empleaban más ficción que ciencia; de cuantos habían esperado la llegada un día u otro del primer platillo volante; de los que habían sostenido la pluralidad de los mundos habitados; de todos cuantos, en fin, habían esperado entablar relaciones un día u otro con seres dotados de inteligencia no nacidos en nuestro planeta.

El primer platillo volante llegó.

Estaba ocupado. Por dos personas.

Un hombre y una mujer.

Del hombre, en medio de todo, apenas si se ocuparon de él. De todas formas, si hubieran dicho de mí la décima parte de lo que dijeron de él, hubiera sido el personaje más famoso de la Tierra, incluyendo a Julio César, Colón y Napoleón juntos.

En cuanto a la mujer… ¿Qué he de decir de la mujer?

Era el sueño de un escritor de ciencia-ficción, la ambición de un productor de películas, el deseo de un realizador de TV, el sueño de un artista; todo eso y mucho más era la mujer que llegó a la Tierra en un platillo volante, tan semejante a los imaginados por artistas, escritores y productores cinematográficos, que parecía construido en la Tierra.

No formé parte de las multitudes histéricas que estuvieron a punto de aplastar a los extraterrestres, por supuesto; me contenté con verlos en las numerosísimas proyecciones de TV tridimensional y en color de que fueron protagonistas. Realmente, ella era monísima, sensacional, despampanante.

Él era ya otra cosa; un sujeto de ojos saltones, tenía algo de barriguita y era tan calvo como un veterano oficinista de la City londinense, lo cual significaba que, en cuestión de alopecia, en todos los planetas cocían habas y que el remedio para la calvicie estaba aún muy lejano en el siglo XXI. Pero aquel ser parecía simpático.

La pareja vino a la Tierra para avisarnos de que nos amenazaba un grave peligro y para recomendarnos las formas más prudentes de tomar medidas de defensa antes de que fuera demasiado tarde. Esto lo dijeron después de quince días de su llegada, cuando les permitieron hablar un poco. Naturalmente, el pitorreo que se organizó fue de miedo.

Para entonces, ya habían surgido los primeros disconformes. Éstos sostuvieron que se trataba, simplemente, de un truco publicitario de una chica verdaderamente atractiva y de su empresario excesivamente avispado. Entonces, en dos semanas más, todo aquel enorme globo se deshinchó rápidamente. Claro que la muchacha recibió numerosas ofertas tanto de cine como de TV, algunas de ellas verdaderamente sensacionales en cuanto a volumen monetario, pero ella las rechazó todas sistemáticamente. Una y otra vez dijo que había venido a la Tierra para intentar ayudarnos, pero como a última hora empezaron a intervenir ya los psiquiatras, optó por desaparecer. Así, pura y simplemente, desaparecer. Ella y su misterioso acompañante desaparecieron.

Entonces fue cuando me llegó una revista especializada con una noticia sensacional. La noticia decía que una tribu salvaje del Amazonas había sido atacada por unos horrendos monstruos, unas bestias mezcla de araña y hormiga, que habían devorado a la inmensa mayoría de los componentes de la tribu.

El resto, los escasos supervivientes, escaparon río abajo como pudieron, llevando la noticia al agente brasileño, el cual la había transmitido, desde Santa María, en el Estado de Amazonas, junto al río Jatapu, a la capital del Estado, Manaus. Manuel da Lucem dijo, además, que iba a investigar, acompañado de unos cuantos empleados de la agencia, todos ellos fuertemente armados y dispuestos a exterminar a los bichos o, si se podía, a capturar algún ejemplar para bien de la ciencia.

La revista, basándose en los relatos de los supervivientes,

publicaba un horrendo diseño de los supuestos monstruos. La verdad, aquello no podía existir. Las hormigas tienen seis patas y no ocho. Son las arañas las que tienen ocho patas y no las hormigas, pero en cambio, determinadas especies de hormigas disponen de alas que les permiten volar algunos trechos; y, por supuesto, aunque hay arañas voladoras, lo hacen siempre agarradas al extremo de un hilo segregado por su abdomen y arrastrado por el viento, nunca con unas alas que jamás han poseído.

Científicamente, por tanto, aquellos seres no podían existir.

Y mucho menos con las atroces mandíbulas con que las había representado el dibujante: una especie de largas y gruesas lanzas que les salían de la cabeza, terminadas en sendas pinzas parecidas a las de una langosta marina. ¡Vamos, venirme a mí, a un entomólogo, con semejantes cuentos! Los seres incultos, ya se sabe, son propensos a idear fantasías inaceptables.

Manuel da Lucem, pues, emprendió el viaje con sus seis empleados, dispuesto a hacer la guerra a las Bestias, como los indios les habían denominado. Ninguno de los siete volvió.

Ni se supo qué había sido de ellos.

De todas formas, escandalizó mucho más la desaparición de Mynea, que así había dicho llamarse la bella extraterrestre, que la del agente brasileño. De éste sólo se ocuparon los periódicos del país y aún en forma sumamente extractada. Respecto a Mynea y a su acompañante, de nombre Jandosj, se hizo mucho más ruido.

Pero todos los ruidos cesan tarde o temprano y entonces viene el silencio. Y cuando ya había llegado el silencio, apareció Mynea.

CAPÍTULO II



ynea y Jandosj vinieron a verme; sí, por increíble que parezca. Yo ya los había olvidado por completo, de modo que el lector podrá imaginarse fácilmente cuál fue mi sorpresa al verles entrar por las puertas de mi casa.

Tengo treinta y nueve años y me conservo en forma, gracias a una vida morigerada —que no significa de enclaustramiento— y al moderado ejercicio que practico durante por lo menos una hora diaria, suceda lo que suceda. Mi cabello es negro y fuerte, cortado a escuadra, con algunas canas ya por las sienes. Y ¡ay! Los años me hacen usar ya gafas para leer. Esto se debe también a mi vida de intenso estudio y a las horas pasadas ante el microscopio, pero todavía soy capaz de distinguir una mosca en la punta de un mástil a cien metros de distancia. En resumen, que me conservo bastante bien y, en el momento de iniciar la narración, completamente soltero.

Ordinariamente, después de mi labor cotidiana suelo dar un paseo de treinta o cuarenta minutos para estirar las piernas. Esto ayuda también a conservar la forma física y, sobre todo, a despejar la mente tras la dura labor del día. Resido en una quinta, mitad de recreo, mitad laboratorio, situada en las montañas, a unas ciento veinte millas de la capital, a la cual sólo acudo cuando me es realmente imprescindible. El helicóptero de reparto trae todos los días el periódico, el correo y la leche; el del colmado pasa una vez a la semana y, en cuanto a distracciones, la radio y la TV, además de la lectura, son suficientes pasatiempos para mí.

Cuando regresé de mi cotidiano paseo, me encontré con una visita. Eran dos personas: Mynea y Jandosj.

* * *

Permanecí unos momentos en pie, estupefacto al verles allí. No era muy corriente recibir visitas, como no fuera de colegas ávidos de intercambiar información científica, y, naturalmente, cualquier desconocido que viniera a mi casa habría de extrañarme, mucho más en el caso de aquellos dos seres no nacidos en la Tierra.

Mynea y Jandosj se pusieron de pie al verme entrar. Estaban sentados en uno de los divanes que hay junto a la chimenea, la cual, advertí, había sido encendida en mi ausencia. Sus efigies habían sido repetidas hartas veces por todas las formas de expresión gráfica para no reconocerles al instante.

Ella era una chica magnífica, de formas realmente esculturales, tez blanquísima, casi lechosa, labios rojos y cabello negro como ala de cuervo, tan intenso como el color de sus pupilas. Vestía correctamente, con un traje a la moda terrestre, que dejaba ver el nacimiento de un busto firme y compacto y unas rodillas perfectamente redondeadas. En la mano llevaba un bolso negro de gran tamaño.

—¿El profesor Dempsey, según presumo? —dijo con voz grave, pero de ricas y agradables tonalidades.

—El mismo, señorita…

—Mi nombre es Mynea, profesor —contestó ella—. Tengo el gusto de presentarle a mi compañero Jandosj. Aunque —agregó reposadamente y sin asomo alguno de orgullo—, supongo que habrá

sabido reconocernos al instante.

—En efecto —contesté—. Les he visto demasiadas veces por televisión y en revistas gráficas. Sus imágenes son familiares para mí. Pero, por favor, sigan sentados, ¿quieren? ¿Les apetece una taza de café?

Intuía que, si habían venido a verme, era porque tenían algo importante que comunicarme. Mi intuición no se vería defraudada, desde luego.

—Muy amable, profesor —dijo Mynea—. Permítame antes que le haga observar mi extrañeza por el hecho de haber encontrado su casa abierta de par en par.

—Oh —exclamé riendo—, no tengo nada que perder. Un ladrón encontraría muy poca cosa aquí, salvo mi despensa, casi siempre llena, un par de cientos de dólares y los instrumentos de mi laboratorio. Además, la gente de los alrededores es honrada, se lo aseguro.

Ella sonrió de un modo muy agradable. Me dirigí a la cocina, preparé café en abundancia, añadí unas cuantas pastas a la bandeja y luego regresé al salón.

Serví el café. Mynea mordisqueó una pasta. Jandosj parecía tener más apetito, porque se las comió casi todas. Cuando vi que habían terminado, me recliné en mi asiento y dije:

—Bien, ¿cuál es esa cosa tan importante que deben comunicarme? ¿Puedo saberla ya o he de esperar todavía?

Las negras pupilas de Mynea se clavaron en mi rostro.

—Profesor, tenemos entendido que es usted una autoridad mundial en entomología.

—La calificación es un tanto exagerada —sonreí—. Digamos autoridad y ya es bastante. Hay otros científicos, puedo citarles sus nombres, que…

—Por favor. —Mynea alzó brevemente la mano—. Es a usted, precisamente a usted y a nadie más que a usted al que queremos hablar. Sabemos que forma parte del Consejo Asesor de Científicos del gobierno y sabemos, por tanto, que su voz puede ser escuchada en las altas esferas.

—Escuchada, puede ser; atendida, ya no estoy tan seguro —dudé.

—Atendida también —expresó Mynea con firmeza—. Profesor,

usted nos conoce, ¿no es cierto?

—Bien, he oído hablar mucho de ustedes dos en la Prensa y TV.

—Hablando con sinceridad, ¿cree usted que no somos nacidos en este planeta?

Vacilé un momento.

—Su aspecto es enteramente terrestre —dije al cabo.

—¿Ha de suponerse necesariamente —manifestó Mynea en tono desdeñoso—, que todo aquél que no ha nacido en la Tierra debe tener siete brazos, nueve ojos y cabellera con tentáculos en lugar de cabello?

—Me está usted describiendo usted un monstruo enteramente imaginario señorita Mynea.

—Llámeme Mynea a secas —dijo ella brevemente—. Entre nosotros no se usan los tratamientos.

—Muy bien. Pero, si no le importa —exclamé con cierta impaciencia—, ¿por qué no se explica de una vez?

—A ello voy —replicó la muchacha—. Si ha oído hablar de nosotros, recordará que manifestamos haber llegado a la Tierra para prevenirles de un serio peligro que les amenaza.

—Sí, eso se dijo —murmuré en tono indiferente—. Luego, también oí decir que ustedes dos habían desaparecido.

—: Lo hicimos cuando se nos amenazó con internarnos en un manicomio, profesor. Nadie cree nuestra historia, nadie quiso escucharnos. —Mynea se expresaba con voz llena de amargura—. Lo único que supieron hacer es presentarme contratos y más contratos para actuar como estrella principal de cientos de espectáculos y propagar millones de objetos en cuya venta no tengo el menor interés. Eso es lo que hicieron con nosotros, profesor.

La miré de arriba a abajo.

—La verdad —dije—, viéndola a usted, uno siente deseos de comprar cualquier cosa que recomiende.

—Pero ¡es que yo no he venido a vender nada a la Tierra, sino a avisarles del peligro tan enorme que corren! —protestó ella airadamente.

Me acomodé en el diván frontero. Jandosj permanecía inmóvil, hierático, escuchando sin despegar los labios.

—Muy bien. La escucho a usted, Mynea. Hable.

Ella juntó los labios un momento, en un frunce lleno de gracia,

pese a que era un gesto de enojo. De pronto, tomó el gran bolso que traía pendiente de su hombro, lo abrió y extrajo del mismo un raro aparato, en forma de cajón cuadrado, de unos diez centímetros de grueso, por veinte de alto y treinta escasos de largo. Tenía a derecha e izquierda varios salientes de un metal niquelado y en la parte delantera unos orificios redondos no mayores de medio centímetro de diámetro.

La muchacha se puso en pie, digo muchacha, porque no contaría más allá de los veinticinco años. Se movía con fáciles ademanes, con una gracia inimitable, que a mí me tenía encantado y suspenso a un mismo tiempo. Buscó una mesita y colocó el artefacto sobre la misma.

—Necesitaría un trozo de lienzo blanco o algo por el estilo, profesor —dijo.

—Estoy presintiendo que ese aparato que usted trae es un proyector de imágenes —sugerí.

—Exactamente —contestó ella, sin abandonar ni por un momento su tono serio.

Un par de minutos después, con ayuda de cuatro chinchetas, había sujetado media sábana sobre la pared, Mynea dijo:

—La luz, por favor.

Apagué la luz. Un segundo más tarde, la pantalla se iluminó.

Lo primero que vi fue una especie de bosque de grandes árboles, que si bien se parecían a los de las coníferas terrestres, sus ramas y hojas no tenían el menor parecido a cuanto yo había visto de vegetal hasta entonces. El color era maravilloso, sorprendente, tanto, que me hizo lanzar una exclamación de asombro.

—Perdí mi pantalla especial; de lo contrario, vería usted las imágenes en tres dimensiones, profesor —manifestó la muchacha.

Una figura humana apareció de pronto en un claro de aquel bosque. El hombre caminaba cautelosamente, armado con un raro fusil de brillante metal, de gran cañón, aunque, al parecer, muy ligero. De pronto, se detuvo y miró a derecha e izquierda.

El hombre retrocedió, buscando la protección del tronco de un árbol. Levantó el fusil. Entonces, la cámara varió de plano.

Y vi la Bestia por primera vez.

Sentí que mi nuez subía y bajaba espasmódicamente. Un enorme insecto, de unos dos metros de altura, apareció de lleno en el campo

del objetivo. No lo había visto hasta aquel momento, pero lo reconocí en el acto.

Había visto un diseño de aquel horrendo ser no muchos días antes, en la revista científica de que he hablado antes. Desde luego, había algunas diferencias con el dibujo; hay que tener en cuenta que el artista se había guiado por los inconexos relatos de unos indios aterrorizados, pero, aun así, su labor había resultado excelente.

Las diferencias, por ejemplo, consistían en los ojos El dibujante los había representado como los faros de un automóvil. En realidad, consistían en tres grupos afacetados hexagonalmente a cada lado de su monstruosa cabeza. Cada grupo contenía dieciocho facetas, de modo que el total de pupilas era de ciento ocho, cincuenta y cuatro a cada lado; y los tres grupos cubrían sobradamente los hemisferios incurvados de la cabeza, de modo que el animal podía ver al mismo tiempo hacía atrás, a los costados y hacia delante.

Sí, parecía una araña, pues tenía ocho patas, aunque no tan largas, en proporción, como las de sus congéneres terrestres; y las patas, así como el resto del cuerpo, estaban cubiertas de un vello grisáceo, de suave apariencia, como el de la piel de un animal polar, nutria, por ejemplo. Pero también parecía una hormiga voladora a causa de sus alas, cuya singular conformación describiré más adelante.

Debajo de la boca nacían dos largos tentáculos, no rígidos como los había representado el dibujante, sino flexibles. En comparación con la imagen del hombre que acababa de ver, aquellos tentáculos medirían sus buenos seis metros, de modo que sobresalían notablemente tenazas de aguzados dientes, con tres mandíbulas cada una de ellas. Las mandíbulas, en estado de reposo, encajaban exactamente la una en la otra, de modo que parecía que los tentáculos terminaban en unas protuberancias en forma de melón muy alargado, unos dos metros, aproximadamente. Era como una mano de tres dedos: el pulgar habitual, el índice y otro pulgar en lugar del dedo medio; si existiese un hombre con dichas características anatómicas, tales dedos encajarían exactamente al cerrarlos y eso era lo que sucedía con las mandíbulas aprehensoras del colosal insecto.

Me pregunté cómo se las arreglaría la bestia para ingerir los

alimentos. Pronto tuve la respuesta.

El cazador, al parecer, no estaba solo. La cámara le enfocó de nuevo. Una joven le ayudaba. Inmediatamente reconocí la esbelta figura de Mynea.

Entre los dos abrieron una especie de jaula con ruedas, de la cual salió un extraño cuadrúpedo, de aspecto vagamente parecido al cerdo terrestre, y con reminiscencias de bovino. Empujaron al animal y lo lanzaron al centro del sendero donde se hallaba el monstruo.

El animal trató de escapar. Entonces, el gigantesco insecto se lanzó sobre él, con movimientos al parecer torpes dada su enorme masa, pero que, sin embargo, eran fulminantes. Estiró sus tentáculos dotados de tenazas, éstas ya desplegadas, y atrapó al animal.

La escena era horrible, pero me sentía morbosamente fascinado por lo que sucedía en la pantalla. Los tentáculos se curvaron ligeramente hacia adentro, quedando entonces el animal, que ya había dejado de debatirse, destrozado por aquellas horrendas mandíbulas a unos cuatro metros de la cabeza de la bestia.

Entonces, debajo de la misma y entre los tentáculos, salió una especie de trompa como de medio metro de grueso, larga, flexible, con un ensanchamiento en su extremo parecido al de una corneta. El ensanchamiento era también flexible y se adaptó rápidamente al cuerpo del animal, haciéndolo desaparecer en su interior.

A continuación, la trompa empezó a moverse, sin cambiar de postura. Su superficie se agitaba en largas ondulaciones que empezaban en su extremo y terminaban en la base del cráneo. Unos momentos después, la trompa se replegó y entonces comprendí que aquellas ondulaciones habían servido para hacer pasar el cuerpo de la presa al estómago del animal.

Tragué saliva. El espectáculo me había revuelto el estómago.

—Y… ¿y eso existe? —pregunté con un hilo de voz.

Mynea sonrió en la penumbra.

—Aguarde un momento; todavía falta la segunda parte.

—Aguarde usted —dije—. Yo necesito un trago. ¿Quieren que les sirva otro?

—Yo sí —dijo Jandosj, despegando los labios por primera vez en todo el tiempo.

Encendí las luces y llené dos copas. Despaché la mía de un solo

golpe, en tanto Mynea permanecía rígida, inmóvil, al lado de su proyector, que había apagado durante el «entreacto».

Necesité dos copas. Cuando me hube repuesto un tanto, dije:

—Ya puede seguir, Mynea.

—Apague la luz, profesor.

La pantalla se iluminó de nuevo. Ahora, la proyección mostraba un paisaje desnudo de vegetación en su mayor parte, un desierto árido, casi sin plantas. La vista había sido tomada desde un vehículo aéreo y, de vez en cuando, el operador utilizaba el teleobjetivo para captar las imágenes.

Una Bestia apareció en la pantalla. Caminaba por el suelo trotando de una forma lenta en apariencia, pero a una velocidad que, por comparación con los obstáculos terrestres que le salían al paso, podía estimarse en muy superior a la de un pura sangre en el Derby de Kentucky. De pronto, el animal desplegó las alas y echó a volar.

Científicamente, la Bestia no podía volar. Naturalmente, yo lo contemplaba con ojos de entomólogo habituado al estudio de insectos terrestres. Posiblemente, un entomólogo del mundo de donde decían proceder Mynea y Jandosj diría que un águila terrestre es incapaz de volar, y aquí vuela, ya lo creo. Todo es cuestión de apreciación, por supuesto.

Pero lo que más me asombró fue la singular forma de las alas. Estaban plegadas en los flancos de su abdomen y se desplegaron de una manera que me dejó totalmente absorto. Parecían de papel de pergamino translúcido, tal era su, aparentemente, escasa consistencia. Sin embargo, eran lo suficientemente fuertes para sostener a la Bestia en vuelo. En mi interior, estimé que, pese a su tremebundo aspecto, debía poseer una densidad específica muy escasa.

Las alas brotaron de sus flancos como si hubieran sido los tramos de un antiguo metro plegable de carpintero. En cierto modo se parecían a la de los murciélagos terrestres, excepto que, para el animal que estábamos contemplando en la pantalla, medirían unos cinco metros de ancho por el doble de largo. Se movían a un ritmo, calculé, de ciento veinte paladas por minuto, lo cual le hacía alcanzar una marcha de unos doscientos kilómetros por hora, a juzgar por la velocidad con que desfilaba el paisaje por debajo del

animal y que era mantenida inflexiblemente por el vehículo aéreo desde el cual habían sido tomadas las imágenes. Mientras volaba, el animal había replegado bajo el cuerpo las patas y los tentáculos prensiles, a fin de ofrecer una menor resistencia al avance.

La película se acabó y encendí la luz. Mynea sonrió.

—Está usted muy pálido, profesor.

—Me lo imagino —contesté, atizándome un latigazo de buen coñac—. Es porque recuerdo que, según las noticias, hay algún ejemplar de esos monstruos en mi planeta.

—Olvidé decirle una cosa, profesor —manifestó Mynea en tono sosegado.

—¿Sí? —dije.

—Sí. Los seres que usted ha visto son animales que acaban de iniciar su desarrollo. Si fueran mamíferos, ustedes les llamarían cachorrillos para distinguirlos de sus congéneres llegados al estado adulto.

Las palabras de Mynea me dejaron sin habla. ¿Era… posible que… que alcanzaran todavía un mayor tamaño?

Mynea movió la cabeza afirmativamente.

—Así es, profesor. —Y añadió—. Cuando alcanzan su estado adulto, sus dimensiones pueden ser varias veces mayores de las que usted ha contemplado en las imágenes que acabamos de proyectar.

Tuve que hacer un esfuerzo para acomodar mi imaginación a la existencia real de unos seres como aquéllos. Cuando, al fin, hube recobrado el habla, pregunté:

—Esos insectos, arácnidos voladores, según su apariencia, están ahora en la Tierra, ¿no es cierto? Según mis informes, han cometido ya algunas, llamémosles piadosamente de este modo, tropelías.

El rostro de Mynea blanqueó súbitamente.

—¿Es cierto lo que dice usted, profesor?

—Tengo una revista entomológica que habla del asunto. Por cierto, y afortunadamente, éste no se ha hecho público todavía, cosa de la cual debemos felicitarnos.

Mynea volvió el rostro hacia Jandosj y le habló en un idioma completamente desconocido para mí. Luego me dirigió de nuevo la palabra.

—¿Tiene usted alguna idea del lugar en que se hallan esos monstruos, profesor? Me gustaría ver un mapa, si no tiene

inconveniente.

—En modo alguno —contesté; unos momentos después abría un gran Atlas y le indicaba el punto próximo donde se habían producido aquellos acontecimientos.

—Esto parece una gran selva —dijo ella.

—Así es —concordé.

—¿Quiere explicarme algunas de las principales características del país en donde se encuentran ahora los monstruos, profesor?

—Con mucho gusto —respondí. Fui breve y conciso pero, al terminar, Mynea y Jandosj quedaron enterados de las principales características de las selvas amazónicas.

Cuando callé, los rostros de ambos estaban cubiertos de una capa gris.

—Esto es horrible, horrible —dijo ella.

—¿Por qué? —pregunté.

—Los arácnidos voladores, las Bestias como usted las llama, se desarrollarán extraordinariamente en un ambiente que les es muy favorable, no sólo por la espesa vegetación y la temperatura tropical, sino por la gran cantidad de radiaciones solares que reciben. Esto contribuye enormemente a su desarrollo y en pocas semanas pueden alcanzar un tamaño inconcebible aun en el mundo de donde venimos.

Una vez más, mi nuez volvió a subir y a bajar espasmódicamente.

—¿Puedo… puedo preguntar —dije—, de dónde… dónde vienen ustedes?

—De Vertevo, noveno planeta del primer sistema de Arturo.

Me estremecí. Arturo, del Boyero, a treinta y ocho años luz. La distancia era más bien fabulosa. Y Mynea lo había dicho tan tranquilamente, como si dijera «vengo de la esquina o de la plaza mayor».

Algo en mi interior me inclinó a creerles. No era la soberana hermosura de la joven lo que me puso de su lado; a cierta edad, uno se siente más bien inclinado hacia el escepticismo. Pero también esa misma edad confiere cierta experiencia que le hace a uno distinguir a los sinceros de los mentirosos. No, independientemente de su maravillosa belleza, que hubiera hecho creer al más listo que la Tierra era el centro del sistema solar y no a la inversa. Mynea decía

la verdad.

—Tengo que preguntarle muchas más cosas —dije débilmente—, pero, por el momento, sólo tengo curiosidad por saber una.

—Hable, profesor.

—Dígame… ¿cómo han llegado esos monstruos a la Tierra?

Antes de que Mynea hablara, ya conocía la respuesta.

—Volando a través del espacio, profesor.

CAPÍTULO III



stuve a punto de romperme la muñeca como consecuencia del puñetazo tan furioso que asesté sobre la mesa.

—¡Te digo que es la verdad, Pierre! —vociferé, sin importarme poco ni mucho que mi interlocutor fuera nada menos que el Secretario General de Cultura, buen amigo mío y antiguo condiscípulo, aunque ahora inclinado más a la política que a la ciencia—. Esta señorita y su acompañante dicen la verdad.

Pierre Dupitt me miró fríamente.

—Clarence —dijo—, eres buen amigo mío y, si bien creo en la existencia de esos monstruos, de un modo relativo, claro está, no creo en absoluto que haya un animal, grande o pequeño, mediano o de regular tamaño, capaz, no ya de atravesar la distancia entre Arturo y la Tierra, sino de llegar a la primera estación espacial que orbita a sólo mil doscientos kilómetros por encima de nuestras cabezas.

—Está bien —dije, conteniendo difícilmente mi furia—. Puedes no creer en la procedencia de esos insectos monstruosos, pero sí en su existencia. Y existen, de ello no cabe la menor duda. ¿No has visto las proyecciones animadas?

—Sí; y debo decirte que, como objeto de curiosidad, son agradables de contemplar. Al menos para los científicos, claro está —contestó mi amigo en tono neutro.

—Estás cometiendo un error, un grave error, Pierre. Dios quiera que un día no tengas que lamentarlo al negarte a prestarme tu colaboración. Sé que la política tiene mucho que ver con tu negativa, pero, por Jesucristo, cuando hay vidas humanas de por medio, la política debe ser dejada de lado.

—Telegrafiaremos a la División de Cultura de Río de Janeiro —dijo Dupitt—. Ellos, mejor que nadie, pueden informarnos…

—No se puede perder tiempo, Pierre —le atajé—. Debemos organizar una expedición inmediatamente para destruir a esos monstruos antes de que se hagan más grandes y puedan causar innumerables víctimas. Están en un medio ambiente muy favorable para su desarrollo y en pocas semanas pueden alcanzar un tamaño verdaderamente fabuloso. Su voracidad es extraordinaria y crece con el tamaño. Son omnívoros, pero prefieren los seres vivos. Devorarán hombres, rebaños… y esto no es lo peor; morirán menos personas devoradas que por el pánico que pueda originar en cualquier ciudad la presencia de uno de esos monstruos. ¿Te imaginas lo que significaría en esta capital una de esas Bestias de pesadilla suelta por las calles?

—Me estás pintando un panorama muy negro, Clarence —dijo Dupitt, con débil sonrisa.

—Te digo la verdad de lo que puede ocurrir. Mynea viene de un sitio donde ya están acostumbrados a pelear con ellos, pero en la Tierra no se ha visto jamás un animal tan grande. Será horrible el día en que uno de ellos alcance un centro civilizado.

—¿Cómo? ¿Volando? —sonrió el Secretario.

—Exactamente —dijo la muchacha.

Dupitt volvió la vista hacia ella.

—Se me hace muy cuesta arriba creer que haya animales capaces de volar a través de una distancia nada menos que de treinta y ocho años luz, es decir, en cifras redondas, trescientos

sesenta BILLONES de kilómetros. Vamos, Clarence, no me tenga por tan estúpido. Puedo admitir la existencia real de dichos animales y el peligro que representan, pero jamás una tontería semejante.

Mynea enrojeció violentamente.

—¡No es ninguna tontería, Secretario! —exclamó con vehemencia—. Todo lo que le he dicho es rigurosamente auténtico. Venimos de…

—Está bien, está bien. —Dupitt agitó las manos con no menos vehemencia—. Por ahora, sin embargo, no puedo hacer otra cosa que telegrafiar a la División de Cultura de Río, solicitando un informe detallado de lo que ocurre. Una vez ese informe esté en mi poder, propondré en el próximo Consejo de Secretarios…

Me puse en pie, obligando a Mynea a hacer lo mismo.

—No te molestes, Pierre; ya nos arreglaremos nosotros como podamos. Mientras tú discutes con tus colegas de gabinete sobre si son galgos o son podencos, nosotros vamos a ver si podemos salvar a las liebres. Estas liebres —concluí con acento ofensivo—, tienen dos piernas, cerebro y, desde hace muchos siglos, reciben el nombre de seres humanos.

Dupitt se encrespó.

—Ésa no es forma de tratar a un amigo —dijo.

—Preguntaré al primer ujier con quien me tropiece cuál es la forma más adecuada para enviar al diablo a un amigo —respondí mordazmente—. Vámonos, Mynea, Jandosj.

Salimos del despacho de Dupitt bastante abatidos, ésta es la verdad. Después que Mynea me había relatado todo lo que podía suceder, si no se atajaba a tiempo aquella terrible amenaza, había confiado en Dupitt y en el alto puesto que ocupaba para que nos echase una mano para destruir a las terribles Bestias. Pero había sobrestimado la amistad, y el resultado había sido un fracaso en toda la línea.

* * *

Dos horas más tarde estábamos de nuevo en mi casa. Me dirigí a la cocina a fin de preparar la comida. Mynea quiso ayudarme, pero la rechacé.

—Esto es nuevo para usted —refunfuñé.

—¿Por qué? —preguntó, sonriendo deliciosamente—. En todos los planetas donde hay seres humanos de la misma conformación anatómica, los alimentos y la forma de prepararlos son, más o menos los mismos.

—Creí que ustedes se alimentarían con una simple tableta cada veinticuatro horas —rezongué, todavía de mal humor.

—Entonces, no tendría esta figura. Mi cuerpo está hecho para ser alimentado de una forma invariable. Los alimentos pueden variar aquí o allí; su gusto, su condimento, su preparación pueden ser distintos, pero si yo necesito tres mil calorías, no podré ingerirlas en una sola tableta. Al cabo de un año, mi tubo digestivo estaría en vías de atrofia y, como consecuencia de lo mismo, mi cuerpo adoptaría una morfología en consonancia.

—Oh, no, eso sí que no —protesté vivamente—. Me la imagino a usted convertida en un cilindro de carne con ojos y me entra frío. ¡Con lo bien que está así!

Mynea se ruborizó, cosa que me agradó notablemente. Tratando de desviar la cuestión, dijo:

—De todas formas, poseemos esas tabletas alimenticias, pero sólo las usamos en casos de verdadera necesidad, Clarence. En mi nave tengo… tenía, está mejor dicho —rectificó con verdadera melancolía.

—¿Tenía? ¿Es que le ha sucedido algo? —exclamé, sorprendido.

—Les curiosos causaron bastantes destrozos —contestó ella—. Todavía lo hubiera podido reparar, de no haber sido por el Secretario del Espacio, que dio orden de confiscarlo y entregarlo a los técnicos y científicos para que lo estudiasen. —Movió la cabeza con gesto pesimista—. Temo que ya no podré regresar jamás a mi mundo de origen.

Egoísticamente, me alegré de aquella coyuntura, aunque había que comprender a la muchacha y a la nostalgia que experimentaba.

—Bueno. —Dije, tratando de animarla—, un día u otro se lo devolverán. Entonces, podrá regresar a su planeta.

—Ojalá sea como dice, Clarence —musitó ella.

* * *

Después de la cena, y mientras tomábamos el café y los licores,

atraje el visófono hacia mí y llamé a la Central de Comunicaciones.

—¿Diga, señor? —Sonó la voz de la operadora de turno.

—Deseo una conferencia extrarrápida con el doctor Luiz Paes, de Río de Janeiro. Su número de visófono es COP-45-9-77. Ah, la conferencia debe ser por línea no interferida.

Con voz neutra, la operadora dijo:

—El señor debe saber, sin duda, que la tarifa es séxtuple de lo normal y que, además, deberá prestar juramento ante un notario.

—Lo sé —dije—, pero, puesto que voy a pagar el importe, tráigame pronto al notario.

—Sí, señor. No se retire, señor.

Esperamos unos momentos. Tremendamente intrigada, Mynea quiso preguntarme qué era lo que quería hacer, pero yo moví la mano indicándole silencio.

Treinta segundos más tarde, la imagen del notario, sentado ante una estenográfica automática, aparecía en la pantalla.

—Su nombre es Clarence Dempsey, profesor de entomología —dijo el notario.

—Así es —respondí.

—¿Motivos de la conferencia con el doctor Paes?

—Asuntos científicos.

—Deberá usted jurar que esos asuntos científicos no tienen relación alguna con posibles secretos de estado; que su conferencia no tiende a perjudicar a terceros y que, en fin, nada de cuanto en ella se diga o discuta, estará en delito penado por la ley. ¿Lo jura así?

Levanté la mano derecha delante de la pantalla.

—Sí, juro —contesté.

—Muy bien. Concedida la conferencia. La operadora le señalará la banda de frecuencia que debe usted utilizar. Mis honorarios serán abonados por correo según la tarifa que le indicará también la operadora. Eso es todo. Buenas tardes.

La imagen del notario se esfumó y fue sustituida en su lugar por la de la telefonista.

—Dentro de sesenta segundos tendremos establecida la conexión. Banda de frecuencia: cero, cero, cero, uno, uno, nueve. Le avisaremos al comienzo de la conferencia y le rogamos ajuste su aparato a la frecuencia indicada. Gracias, señor.

La pantalla se apagó de nuevo. Entonces coloqué el dial de comunicaciones radiales en el punto correspondiente a la longitud de onda que me había sido facilitada, una onda cuya longitud era, nada menos, que de ciento diecinueve milésimas de milímetro. Cuando tuve el aparato dispuesto, me volví hacia la muchacha.

—¿No se imagina lo que pretendo hacer, Mynea?

Ella movió lentamente la cabeza.

—Sí, profesor —dijo con llaneza.

—Entonces —contesté—, una vez haya hablado con el doctor Paes, lo prepararemos todo para nuestra partida a las selvas amazónicas. Si el gobierno no quiere encargarse de tal labor, lo haremos nosotros —terminé con firme acento.

CAPÍTULO IV



stábamos volando raudamente a unos diez mil metros de altura y a unos ochocientos kilómetros por hora. En la cabina iban tres personas, además de yo; Mynea, el silencioso Jandosj y un cazador profesional llamado Bill Trevor, a quien había contratado como elemento de protección en la expedición.

El vehículo era un helibús capaz para diez personas y casi otras tantas toneladas de carga, alquilado a una compañía dedicada a los transportes. Aquella gran capacidad de carga nos había permitido llevar en el helibús todo cuanto podíamos necesitar para unas cuantas semanas de estancia en la jungla del Amazonas. En la selección y adquisición de aquel material, Trevor había resultado un valioso auxiliar. Asimismo, el helibús nos permitiría aterrizar en cualquier parte, con tal que hubiera un espacio despejado de treinta metros de largo por seis de anchura. Lo único que no podía hacer era flotar en el agua.

Cuando terminamos de prepararlo todo, emprendimos el viaje un buen día, saliendo de madrugada. Aquella misma tarde queríamos estar en las inmediaciones de Santa María, en donde nos encontraríamos con el doctor Paes, también competente entomólogo, quien las noticias que le había dado yo, junto con las que ya conocía sobre el particular, habían causado un entusiasmo enorme.

El mapa de América se deslizaba lentamente a diez mil metros bajo nuestro helibús. De vez en cuando, yo miraba disimuladamente a Mynea, a la cual encontraba más y más atractiva por momentos. La muchacha se había puesto ropas masculinas, cuya indumentaria, junto con el corte de cabello que se había efectuado, le confería el aspecto de un muchacho…, de no haber sido por ciertos signos externos que indicaban era una mujer de singulares atractivos. Hasta entonces, yo había permanecido soltero, pero tenía la sensación de que mí libertad estaba a punto de acabarse. Y si iba a ser en brazos de Mynea, esperaba que no me doliera nada en absoluto.

Poco a poco fuimos descendiendo por el globo terráqueo. Atravesamos el Caribe y Venezuela, cruzamos por encima de la Sierra de Pacaraima, ya en territorio brasileño, y al cabo empezamos a divisar ya en lontananza lo que parecía una masa verdeazulada: la selva amazónica.

El río Branco y su espesa red de afluentes quedaron atrás. Por consejo mío, Trevor, que se había hecho cargo de los mandos del aparato después de atravesar ya Sierra Pacaraima, desconectó el piloto automático y empezó a perder altura. Una vez sobrevolado el río Branco, un poco más arriba de Catrimani, el helibús tomó rumbo este, a fin de alcanzar las fuentes del río Jatapu, en cuyas inmediaciones habían sido señalados los monstruos.

El helibús volaba ahora a una moderada velocidad de ciento cincuenta kilómetros a la hora. En poco más de cinco habíamos recorrido cuatro mil kilómetros largos, lo cual significaba que era ya mediodía. Hasta las cuatro de la tarde no debíamos entrevistarnos con el doctor Paes, por lo que teníamos tiempo suficiente para explorar mientras descendíamos río abajo, hasta el punto de reunión.

Nuestra altura sobre las copas de los árboles era de un centenar

de metros, aproximadamente. La longitud del río Jatapu, desde su nacimiento, hasta su encuentro con el Capucapu, a veinte kilómetros al sur de Santa María, viene a ser de unos doscientos setenta y cinco kilómetros, por lo que antes de dos horas esperábamos hallar el campamento del doctor Paes.

Debajo de nosotros, la selva brasileña se extendía, espesa, inextricable, impenetrable en la inmensa mayoría de ocasiones; denso manto de verdor que impedía ver lo que había debajo. Incluso, a veces, el curso del Jatapu quedaba cubierto por la frondosidad de los árboles de sus márgenes, cuya altura media venía a ser de unos quince a veinte metros. Una intensa, fabulosa actividad biológica reinaba bajo aquella capa de verdor, de la cual se elevaban de cuando en cuando numerosas bandadas de pájaros tropicales de multicolor plumaje.

De súbito, un gran número de aves echó a volar a unos doscientos metros por delante de nosotros y hacia nuestra derecha. Eran demasiados pájaros y no había motivo alguno para que emprendieran el vuelo con tantas señales de susto, ya que nuestro helibús apenas si hacía ruido. Trevor, experto al fin y al cabo, notó el detalle y nos lo señaló.

—Esos pájaros están asustados —dijo simplemente.

Mynea y yo nos miramos, comprendiendo lo que quería decir el cazador.

—Vuele hacia allí, señor Trevor —dijo ella, obedeciendo a un impulso repentino.

El cazador hizo lo que le decían. Redujo la velocidad y ladeó el aparato, encaminándolo hacia el punto de donde había brotado la nube de pájaros. Al llegar a aquel punto, redujo la marcha casi totalmente y empezó a dar vueltas lentamente en torno a un grupo de árboles de gran frondosidad, que impedían ver lo que había en el suelo.

Trevor dio dos o tres vueltas en torno a aquel lugar, con un radio no mayor de cien metros y a una velocidad inferior a los veinticinco kilómetros a la hora. Desde cincuenta metros de altura, podíamos divisar claramente los menores detalles de la selva que teníamos a nuestros pies.

—Bueno —dijo al cabo—, los pájaros son muy asustadizos. Basta que uno de ellos rompa el vuelo con gran batir de alas, para que los

demás…

La mano de Mynea se crispó repentinamente sobre mi brazo.

—Allí, Clarence —dijo con voz ronca.

Todos miramos en la dirección que señalaba la muchacha. Mientras Jandosj, según su costumbre habitual, permanecía completamente silencioso, Trevor lanzó un juramento y yo…, yo no recuerdo lo que dije. Lo único que sé es que de momento me quedé helado de horror.

La bestia estaba delante de nosotros, a unos trescientos metros. Se nos acercaba de cara y volaba de una forma que nos pareció terroríficamente lenta, pero que, sin embargo, era muy veloz. Sus patas estaban replegadas bajo el cuerpo y lo único que sobresalía de su estructura anatómica —aparte de las alas en peldaños, que batían el aire con gran agitación de las copas de los árboles que había bajo él—, eran los dos tentáculos prensiles, que se agitaban con horribles movimientos que infundían pavor.

El tamaño del monstruo era inconcebible, al menos, calculé, el doble de los que yo había visto en las proyecciones de Mynea. Lo cual significa que si su cuerpo medía diez metros de longitud, cada una de sus alas medía veinte, con lo que su envergadura total venía a ser de cuarenta. Era un ser horrendo, apocalíptico, capaz de quitar el sueño para toda la vida al hombre de nervios más templados.

Hubo una pausa de mortal silencio en el interior del helibús. De pronto, recobré el habla y grité:

—¡Arriba, Bill, arriba!

El cazador dio gas a la vez que movía los mandos. El helibús pegó un enorme salto en vertical, esquivando por centímetros la acometida del monstruo. El remolino que provocaban sus curiosas alas era tan fuerte, que el helibús se agitó tremendamente en el aire, con riesgo de volcar y caer.

Trevor era hombre que no perdía fácilmente los nervios. Después de haber ganado varios centenares de metros en un salto que nos clavó a todos en el asiento, se volvió hacia mí.

—Profesor, ¿es usted capaz de manejar este cacharro?

—Claro —contesté.

—Muy bien. Entonces tome los mandos. Vamos a ver si liquidamos a ese bicho.

Me senté tras el puesto de pilotaje e hice que el helibús virara en

redondo. Mientras tanto, Trevor se había ido al departamento de equipajes y trasteaba entre ellos.

Miramos nuevamente hacia abajo. El octópodo había caído en la selva de nuevo, aplastando un gran grupo de árboles con su peso. Las ramas quebradas y los troncos destrozados le impedían moverse a gusto. Lo veíamos luchar para desembarazarse de aquel inextricable amasijo de vegetales, pero era evidente que aún iba a tardar un buen rato en conseguirlo.

—¿Por qué no ha seguido volando? —pregunté a Mynea.

—Sus alas no están desarrolladas del todo, Únicamente pudo dar un gran salto al vernos venir y luego cayó. Ahora le resultará muy difícil volver a volar, ya que no ha caído en un terreno despejado.

—De modo que sus alas no están completamente desarrolladas —dije, mirando al monstruo, que hacía desesperados esfuerzos para salir de la situación en que se hallaba—. Pues —pregunté— ¿cuándo están desarrolladas del todo? Porque, si no me engaño, éste es mucho mayor que el que tú me enseñaste en tus proyecciones.

—Sí, pero también te dije que en la Tierra tenían mucha más facilidad de desarrollo que en mi planeta.

—¡Cielos! ¿Quieres decir que este… animal…, puede ser aún mayor de lo que es?

—Por lo menos, tres o cuatro veces más —contestó ella sin inmutarse.

Me estremecí. La perspectiva era horrenda. Si no conseguíamos exterminar pronto a aquellos seres, si se multiplicaban antes de que pudiéramos detenerlos, el planeta se convertiría literalmente en un infierno. Monstruos octópodos del tamaño de dos ballenas, capaces de volar… El pánico sería espantoso; solamente de pensarlo daba ya miedo.

Trevor vino junto a nosotros, mientras el monstruo se debatía todavía para desenredarse de la trampa en que él mismo había caído. Como naturalista, yo sentía la destrucción de aquel animal, pero antes que científico era humano. Aquellos seres no estaban bien más que en la sala de un museo, disecados… Por cierto, que sería preciso construir un museo especialmente para ellos, si algún día podíamos capturar uno con vida.

El cazador tenía en las manos un singular artefacto de aspecto

parecido a un «bazooka», aunque de calibre mucho menor, ya que el diámetro de su ánima mediría únicamente unos veinticinco milímetros. Parecía un mosquete antiguo, dotado de un culatín plegable de hierro y un visor de puntería. Delante del disparador tenía un gran depósito de proyectiles, capaz para cinco granadas de alto poder expansivo y gran velocidad de penetración en los doscientos primeros metros de su trayectoria. Las granadas eran propulsadas por un cartucho que inflamaba el cohete que las llevaba al blanco. En la parte posterior, el mosquete disponía de salida de gases, a fin de anular los efectos del retroceso.

Desde mi puesto de mando y mientras mantenía el helibús inmóvil en el aire, vi que abría todo un lado de la cúpula encristalada. Jandosj se apartó a un lado, a fin de permitir a Trevor una mejor facilidad de maniobra.

—Profesor, haga descender el artefacto a cincuenta metros —rogó el cazador—. Quiero asegurar el tiro.

Moví los controles, maniobrando cuidadosamente mientras seguía las indicaciones del cazador. De pronto, Trevor dijo:

—¡Quieto!

Tomó puntería. Todos permanecíamos con el ánimo en suspenso. De pronto, el mosquete emitió un sordo rebufo, al mismo tiempo que un largo chorro de humo blanco.

Propulsado por su cohete, el proyectil se encaminó raudamente hacia el blanco, dejando tras sí una humosa estela. La granada se introdujo rectamente en la parte superior y posterior de la cabeza del octópodo. Sonó una fuerte explosión y el cráneo voló en mil pedazos.

Los movimientos del monstruo cesaron instantáneamente. Era evidente que la primera granada lo había matado. No obstante, a fin de asegurarse, Trevor largó otro disparo al enorme abdomen de la bestia, tan voluminoso como el cuerpo de un elefante y casi doblemente largo. El cuerpo del animal se rompió en varias partes, de las cuales empezó a salir un espeso líquido gris amarillo, que despedía un hedor indescriptible.

Pese a todo, esperamos aún algunos minutos. El animal ya no se movía.

—Bueno, uno menos: —exclamó Trevor, recogiendo el arma—. ¿Continuamos, profesor?

—Por supuesto, aunque convendría que tuviese usted su fusil a punto. Es un arma terrorífica y usted la maneja muy bien. Si nos encontramos can otro bicho, desearía que estuviera listo para ahorrarnos otro susto como el de antes.

El calor de la selva subía desde abajo, pero no era aquello precisamente lo que me hacía sudar. Miré a Mynea y la dirigí una sonrisa desvaída. Ella me oprimió el brazo afectuosamente.

Reanudamos la marcha. Un poco más allá encontramos un gran claro en la selva, de alrededor de cincuenta o sesenta metros de ancho; desde aquel lugar, sin duda, era donde la bestia había emprendido el vuelo que había estado a punto de terminar con todos nosotros.

Evolucioné algunas veces en torno al claro y a baja distancia, sin ver otra señal del paso de los animales que algunos matorrales aplastados y varios árboles tronchados. No cabía duda de que nos hallábamos en el área de sus operaciones. Pero, antes de seguir, debíamos entrevistarnos con el doctor Paes.

Dos horas más tarde llegamos al punto donde debíamos reunirnos.

—¿Está seguro de que es aquí, profesor? —preguntó Bill Trevor.

—Desde luego —respondí.

—No veo a nadie —dijo el cazador en tono pensativo.

—Bueno, quizá se haya retrasado. De todas formas, ahí, a la orilla del Jatapu, veo un claro. Descenderemos y aguardaremos a que llegue. Hemos de tener en cuenta que de aquí a Santa María hay veintitantos kilómetros y que, a menos que empleen un helicóptero, como nosotros, deberá trasladarse por el río en motora.

Trevor hizo un gesto de duda. Pero como a fin de cuentas el jefe de la expedición era yo, terminó por acatar mis órdenes. Como más experto, sin embargo, se hizo cargo del aterrizaje y, unos momentos después, las cuatro patas sustentadoras del helibús se apoyaban en el herboso suelo del claro.

Entonces comprendimos la causa de que Paes y sus ayudantes no estuvieran allí.

Habían sido devorados por uno o más arácnidos voladores.

CAPÍTULO V



l alarido de Mynea me hizo dar un salto terrible.

Giré inmediatamente hacia ella, aprestando el mosquete que Trevor me había facilitado. Con gran asombro por mi parte, no vi señal alguna de peligro próximo.

—¡Mynea! ¿Qué sucede? —pregunté, alarmado, a la vez que corría hacia la muchacha.

—Allí, Clarence —dijo ella con el rostro tan blanco como la nieve, a un punto situado a dos metros de sus pies.

Respiré aliviado. Después de los monstruos de pesadilla que había visto en el cine y en la realidad, aquella araña que se movía lentamente entre la hierba, en busca de una presa, era una fruslería. No obstante, en circunstancias normales, hubiera impresionado a cualquiera, con su tamaño, superior al de la mano de un hombre, y con sus mortíferas mandíbulas, capaces de envenenar a un animal de buen tamaño. Un hombre no lo habría pasado muy divertido de

haber sufrido la picadura del arácnido.

—Es una *Mygala* —dije. Di un salto, la aplasté con el tacón de la bota y regresé junto a la muchacha—. Aunque más modestitos, también tenemos en la Tierra nuestros monstruos.

Mynea trató de sonreír.

—Lo siento —dijo—, pero me asusté, Clarence.

Le di un par de palmaditas en un hombro.

—Ánimo y no te preocupes. Además, vienes de un mundo donde estáis habituados a ver esos enormes insectos…

—También en la Tierra tenéis leones y tigres —contestó ella—. ¿Te has acostumbrado a verlos alguna vez en libertad y listos para atacar?

—Evidentemente, no —respondí con un suspiro.

Mynea tenía razón.

Trevor y Jandosj volvieron en aquellos momentos.

—No se ve el menor rastro del profesor y de sus ayudantes. Todos los objetos del campamento están horriblemente destrozados y pisoteados, pero de ellos no ha quedado huella en absoluto. A estas horas —concluyó Trevor lúgubremente—, están siendo digeridos por los monstruos.

—Por favor —exclamó la muchacha con cierta violencia.

—Dispénseme, señorita —dijo el cazador. Luego me miró—. ¿Qué hacemos, profesor? ¿Establecemos aquí el campamento o buscamos otro sitio?

Levanté la vista al cielo, que ya se teñía de rojo hacia occidente.

—Creo —dije— que lo mejor es acampar aquí, pero dentro del helibús. Posiblemente, un ataque de los monstruos acabaría destrozándolo, pero con que resista los dos primeros golpes, tendremos más que suficiente para escapar. A pesar de todo, me imagino que esos animales deben hacer bastante ruido y que será fácil prever su llegada, por lo que sugiero que establezcamos un turno de guardia. —Me volví hacia la muchacha—. Mynea, ¿sabes si la luz atrae a los monstruos?

Ella movió la cabeza.

—Tanto da —contestó—. Ya sabes cuál es su peculiar constitución, de modo que es indiferente que dejes o no una luz encendida.

—Bueno —resolví—, en todo caso, lo mejor será encender

cuatro hogueras, a una distancia prudencial del helibús. Mynea, tú te encargarás de la cena. Nosotros, mientras tanto, sin dejar las armas del alcance de las manos, cortaremos leña. Después distribuiremos las guardias. ¿Le parece bien así, Trevor?

—Parece como si se hubiera pasado la vida de cacería —sonrió el aludido.

—Bueno, a fin de cuentas —repliqué—, he realizado numerosas expediciones de caza… de insectos. Esto confiere cierta experiencia en lo que se refiere a campamentos.

—Sus insectos actuales no son ahora simples mariposas o libélulas, profesor —murmuró el cazador—. Habrá que tener los ojos bien abiertos, si no queremos que nos ocurra lo mismo que a Paes y a sus ayudantes.

—No sea agorero, Bill —refunfuñé.

Después de cenar, nos acostamos en los asientos convertidos en literas. Jandosj quedó de guardia para el primer turno, de ocho a once. Trevor vigilaría de once a dos y media y yo hasta el amanecer. Estaba cansado y me pareció que había pasado apenas un minuto desde que me dormí basta que sentí en mi hombro la mano del cazador.

—Su turno, profesor —dijo Ahí, en la cocinilla del helibús, encontrará café caliente.

—Gracias, Bill —contesté.

Me calcé las botas, única prenda que me había quitado para dormir y, después de pasarme las manos por los ojos, me puse en pie.

Las cuatro hogueras ardían en los extremos del campamento, derramando una luz rojiza en torno al mismo, que proporcionaba la suficiente visibilidad para advertir las cosas desde buena distancia.

Fui a la cocinilla y tomé un par de tazas de café, después de lo cual y con el lanzagranadas al alcance de la mano, me senté a esperar la amanecida. Durante hora y media, aproximadamente, todo se deslizó en plena normalidad. Pasado ese tiempo, vi que las hogueras empezaban a languidecer, en vista de lo cual salté del helibús y empecé a reavivarlas con la leña de repuesto que habíamos cortado por la noche.

Al terminar mi trabajo, el claro estaba iluminado vívidamente. Entonces percibí unos pasos no muy lejos de mí y me volví.

—Hola, Mynea —saludé en voz baja.
—Hola, Clarence —dijo ella en tono que se me antojó triste.
—¿Te sucede algo? —pregunté.
Movió la cabeza.
—No es nada —murmuró.
—Puedes confiar en mí —dije—. Si te encuentras triste por algo… ¿Acaso porque te secuestraron la astronave y no vas a poder volver a tu mundo de origen?
—Quizá…, aunque aquí me encuentro bien. Estoy Un poco deprimida, eso es todo.
—Posiblemente te ha impresionado las muertes de Paes y sus ayudantes, ¿no es cierto?
—Sí, eso debe de ser. —Hizo un esfuerzo y sonrió—. Pero no pensemos más en ello, Clarence. Hemos de ser fuertes y procurar destruir a los monstruos. Entonces me sentiré más tranquila.
—Se comprende —dije. De pronto, exclamé—. Mynea, dime, si tuvieras ocasión, ¿volverías a tu mundo otra vez?
Sus ojos se clavaron en los míos, durante unos instantes de silencio. Permaneció quieta, callada, aunque respirando con un ritmo alterado que denotaba la agitación que poseía su ánimo.
Y entonces comprendí lo que sucedía en su interior. Temblando como un adolescente, avancé hacia ella y encerré en mis brazos su esbelta cintura.
—Mynea, yo… nunca me he enamorado… —balbuceé—, ésta es la primera vez que me sucede algo parecido y… y no sé cómo expresarme. Sin embargo, quisiera que comprendieses que, si te amo, es por ti misma y no porque influya para nada en mis sentimientos el hecho de que seas una mujer nacida en un mundo muy distante del mío…, Yo…, si tú me quieres, seré el hombre más feliz…, trataré de hacerte feliz y que vivas en la Tierra sin echar nada de menos de cuanto poseías…
Sus ojos brillaron con una luz singular.
—Clarence —murmuró.
No dijo más, pero aun el más tonto hubiese comprendido que en aquella sola palabra se encerraba la respuesta que yo esperaba.
Me incliné hacia ella buscando sus labios. Cuando ya iban a unirse en nuestro primer beso, una rama se quebró con seco crujido a poca distancia del lugar en que nos hallábamos.

Sentí que un frío glacial me recorría la espalda, a pesar del tropical ambiente que nos envolvía. Recogí el lanzagranadas instantáneamente y, en voz baja, dije:

—Mynea, retrocede, pronto. Avisa a Bill y a Jandosj. Trataré de contener a la fiera mientras tanto. ¡Date prisa, por el amor de Dios!

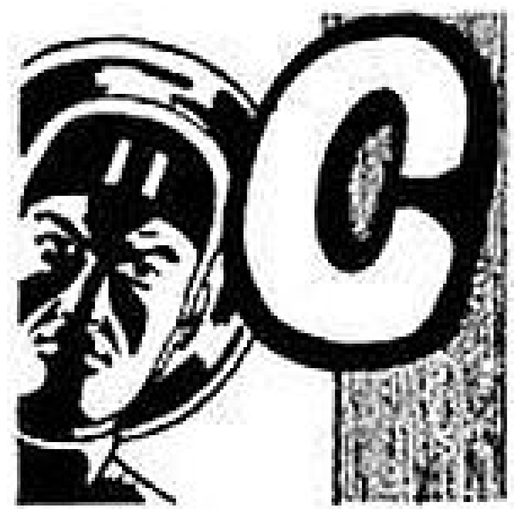
La muchacha echó a correr. Situé la larguísima arma en posición de tiro, apuntando hacia el lugar donde se había escuchado el crujido, listo para oprimir el disparador en el momento en que viera asomar el cráneo de la bestia.

Retrocedí lentamente, sin volver la cara un solo instante. Los crujidos se repitieron varias veces y cada una de ellas más cerca de nosotros.

De súbito, una figura humana salió al claro. Tenía las ropas sucias y desgarradas y parecía al borde del agotamiento. Corrió unos cuantos pasos vacilando de modo espantoso, y luego acabó por desplomarse de bruces en el suelo, a dos metros de una de las hogueras.

Contuve un grito de asombro. El hombre caído era el doctor Paes.

CAPÍTULO VI



on unos sorbos de *brandy* y luego con dos buenas tazas de café bien cargado, devolvimos a Paes buena parte de sus energías. En unas pocas horas, su rostro había sufrido una transformación espantosa, sin duda por los horrores que había presenciado, y el número de sus canas —era un cincuentón fuerte y aún muy robusto— había aumentado en aquel corto tiempo de manera extraordinaria.

Rechazó terminantemente todo alimento sólido. No insistí; conocía las reacciones de la naturaleza humana y sabía que, en aquellos momentos, lo que menos le convenía a Paes era comer. Discretamente, aguardamos a que se hubiera repuesto para que nos hiciera el relato de la catástrofe.

—Confieso —empezó a decir al cabo de un buen rato— que en un principio me costó creer en sus palabras, profesor Dempsey; me refiero, naturalmente, a la primera conferencia que celebramos. Después revisé de nuevo el artículo de la revista y llamé a

continuación al jefe de la fuerza pública de Santa María. Éste me confirmó la desaparición de Manuel da Lucem y de los hombres que le habían acompañado. Personalmente, me dijo, no creía en fábulas de indios, pese a todos los relatos; echó pestes de los periodistas y acabó diciendo que no era la primera vez que Manuel da Lucem permanecía, algunas semanas en la selva, arreglando las cuestiones de los indios.

»De todas formas, había una cosa de la que no se podía dudar, y eran de sus declaraciones, profesor. De modo que en unión de mis dos ayudantes y cuatro porteadores que contraté en Santa María, subí por el río en barca a motor, y me establecí en el punto indicado, con el fin de esperarle a usted y a sus acompañantes.

»Las dos primeras noches transcurrieron sin novedad. La tercera… —El rostro de Paes se cubrió nuevamente de sudor, a la vez que todo su cuerpo se estremecía violentamente—. Fue algo horrible, espeluznante…, y, además, sucedió de modo tan rápido que apenas si tuvimos tiempo de hacer nada por salvar nuestras vidas. Dos animales irrumpieron en nuestro campamento y nos atacaron despiadadamente. Yo pude escapar y creo que también uno de los porteadores. Mis dos ayudantes y los otros tres porteadores perecieron casi en el acto. Esos monstruos poseen una agilidad extraordinaria, a pesar de que en apariencia se mueven muy lentamente.

»En un santiamén, capturaron a dos hombres cada uno, con aquellas horrendas tenazas. ¡Dios mío, jamás he escuchado unos gritos tan espeluznantes, profesor Dempsey! Creo que toda mi vida seguiré oyéndolos. Uno de los desgraciados trató de escapar en la canoa. Incluso llegó a poner en marcha el motor, pero, entonces, una de las bestias se le arrojó encima y lo hundió en el agua junto con la canoa. Agazapado tras unas matas, temblando de pánico, vi como el monstruo introducía su trompa en el agua y devoraba el cuerpo del desdichado porteador… Creo que en aquellos momentos perdí la razón y eché a correr, sin saber en qué dirección caminaba. Fue necesario que pasaran muchas horas antes de que recobrara la cordura y buscara el modo de regresar al punto de reunión… Pero siempre con un miedo espantoso…, un miedo horrible de encontrarme con uno de esos monstruos…

Su mano engarfió repentinamente en mi brazo.

—¡Hemos de exterminarlos, profesor! ¡No debe quedar vivo ni uno solo de ellos!

—Cálmese, doctor Paes —dije. Hice una seña y Trevor le sirvió más coñac—. Para eso estamos aquí, se lo aseguro. Desdichadamente, mis apelaciones han caído en el vacío, de modo que, por nuestra buena o mala ventura, tendremos que entendérnoslas nosotros solos con los monstruos.

Paes soltó una imprecación.

—¡Esos políticos! —Les insultó procazmente durante unos minutos, hasta que le faltó el aliento, sin hacer el menor caso de la presencia de Mynea. Al fin, jadeante, chorreando sudor, se dejó caer hacia atrás en su asiento—. Pero no entiendo. ¿Cómo han podido llegar esos monstruos a la Tierra, a través del espacio?

Volví el rostro hacia la muchacha.

—¿Por qué no se lo explicas tú, Mynea?

Ella asintió en silencio. Después dijo:

—En Vertevo estamos habituados ya, relativamente se entiende, a la lucha contra las bestias. Realmente, no viven en Vertevo, sino en Hasskam, cuarto planeta de nuestro sistema y más cercano que Vertevo a la estrella central, Arturo. Pero, a veces, sienten deseos de cazar en otros mundos y emprenden el vuelo, en especial hacia Vertevo, un planeta muy parecido a éste y donde, en términos corrientes, la alimentación para ellos es abundante y —se estremeció vivamente— no digamos nutritiva.

»Sus incursiones, sin embargo, son cada vez más espaciadas, puesto que poseen una especie de inteligencia-instinto, que les hace saber que en Vertevo somos malos enemigos para ellos. A lo largo de siglos y siglos, hemos aprendido el modo de defendernos de los monstruos y ellos saben que por muchas ventajas que obtengan de una excursión, los riesgos son mucho mayores. Después de largos estudios, nuestros científicos llegaron a descubrir que poseen en su cerebro una especie de radar, capaz de orientarles en las más difíciles condiciones con notable exactitud. Ese radar viviente, mezcla de ondas eléctricas y mentales, alcanza casi instantáneamente cualquier distancia en la Galaxia y les permite seleccionar entre las distintas atracciones gravitacionales que operan en el espacio, escogiendo la del planeta que más conviene a sus fines.

»Entonces, guiados por ese mecanismo semi-inteligente, se lanzan al espacio. La tenue consistencia de sus alas membranosas les permite apoyarse, por decirlo así, en los rayos lumínicos que cruzan el vacío en todas direcciones. Al mismo tiempo, una especie de acumulador orgánico, que se halla en su abdomen y es semejante, en cierto modo, a los de vuestros peces eléctricos —anguila eléctrica, gimnoto, etcétera—, le permite ir almacenando durante las primeras etapas de su vuelo una cantidad de energía fabulosa, realmente inconcebible.

Mynea hizo una pausa.

—Ya tenemos al animal en el espacio —siguió—, batiendo las alas para apoyarse en los impalpables corpúsculos luminosos o fotones. Entonces, su inteligencia-instinto le dice que sus acumuladores abdominales ya están completamente cargados y, en ese momento, lanzan una descarga de fotones que les hace alcanzar velocidades realmente increíbles, fabulosas, muchas veces superior a la de la luz en el vacío. Cuando los acumuladores se descargan, los vuelven a cargar y así hasta que alcanzan el objetivo ambicionado.

—En resumen —dijo el doctor Paes—, una especie de astronave viviente.

—¡Lástima no poder domesticarla! —rió Trevor—. Pero ¿cómo pueden vivir en el vacío? Necesitarán oxígeno, sin duda alguna…

—Mientras viajan por el espacio, están en una especie de suspensión animada durante la cual sus funciones vitales se han reducido a un mínimo increíble. Únicamente funcionan los órganos de orientación y de acumulación de energía, completamente independientes ambos del resto de su cuerpo y demás órganos, de la misma forma que en un ser humano el estómago hace la digestión durante el sueño, sin apenas consumo de energía. El animal está entonces en un estado letárgico… y sería muy fácil combatirlo si se le pudiera divisar, cosa imposible, ya que viaja a una velocidad superior a la de la luz.

—Pero tu astronave tuvo que volar también a una velocidad similar para llegar a la Tierra en un tiempo relativamente tan corto —objeté.

—En el hiperespacio no se ve nada de cuanto nos rodea. La nave —aclaró Mynea— está sumida en una dimensión extratemporal y

extraespacial al mismo tiempo; sólo dentro de la misma existen el tiempo y el espacio en sus dimensiones normales.

—De todas formas —gruñó Paes—, no estamos aquí para discutir sobre Física multidimensional, sino sobre las bestias. ¿Por qué se desarrollan tanto en la Tierra y, sobre todo, con tan gran rapidez?

Mynea reflexionó durante unos segundos.

—Quizá, como dije ya en una ocasión, las radiaciones solares tengan mucho que ver en este asunto, aparte de la superabundancia de alimento, ya que en las selvas amazónicas no escasea ni mucho menos. Los arácnidos voladores son omnívoros, ciertamente, y aunque prefieren sores vivos, no desdeñan, ni mucho menos, cualquier género de vegetales.

—¡Diablos! ¡La jungla brasileña debe de ser entonces para ellos un tiernísimo y suculento pastizal! —exclamó Trevor pintorescamente.

Mynea sonrió y luego continuó:

—Arturo es una estrella rojoamarilla, anaranjada, tipo solar rojiza —manifestó—. Las rayas del espectro correspondientes al hidrógeno son más finas que en el Sol, que es una estrella amarilla. En Arturo, además, empiezan a aparecer las rayas de los hidrocarbonos, en tanto que, en el Sol, las bandas H y K del calcio son muy destacadas, así como las del hidrógeno, aunque delgadas, son más intensas que en el espectrograma de Arturo. Creo —añadió— que esto debe influir notablemente en el desarrollo de los arácnidos voladores, aparte, naturalmente, de la mayor proximidad de la Tierra al Sol que su planeta de origen. Sin embargo, se necesitaría un estudio mucho más profundo y concentrado para poder probar mis hipótesis. Tengo entendido que en la Tierra se han conseguido crecimientos muy notables de animales y vegetales para alimento a base de descargas con radiaciones gamma; posiblemente a los monstruos les ocurra lo mismo, ya que el Sol también despide radiaciones gamma, entre otras.

—La hipótesis es digna de ser tenida en consideración —murmuré en tono reflexivo—. De todas formas, como no podemos comprobarla, lo mejor será matar todas las bestias que podamos.

Miré a la muchacha.

—¿Crees que han tenido tiempo de reproducirse?

—Eso es lo que me temo, Clarence —dijo ella en tono lúgubre, que nos impresionó a todos enormemente.

Callamos unos momentos. Luego dije:

—Lo mejor será dejar que el profesor descanse durante todo el día de hoy. Mañana, con luz, empezaremos a sobrevolar esta zona a fin de hallar a los monstruos y destruirlos.

La proposición fue aceptada sin más inconvenientes. Y mientras el doctor Paes dormía profundamente, ayudado por una tableta de sedante, y los otros dos vigilaban, Mynea y yo, cogidos de las manos, empezamos a elaborar rosados planes para el porvenir.

CAPÍTULO VII



l doctor Paes se había repuesto ya notablemente de su horrible aventura, aunque había una cosa que no recobraría ya jamás, como no fuera por medios artificiales: el color de los cabellos, que se le habían vuelto blancos por completo.

Yo manejaba el helibús y Mynea, naturalmente, estaba sentada a mi lado. Jandosj se hallaba situado en el costado derecho, Trevor en el izquierdo y el doctor vigilaba hacia atrás, de modo que cubríamos los cuatro ángulos del helibús. Volábamos a baja altura, a cincuenta metros sobre el nivel de las copas, zigzagueando suavemente, con el fin de no apartarnos más allá de media docena de kilómetros de las orillas del Jatapu.

Durante tres días, la exploración se realizó de modo incansable, desde el amanecer hasta el anochecer, sin encontrar el menor rastro de los colosales insectos. Con el mapa delante, en un tablero, iba marcando las áreas recorridas, aunque era una forma un tanto

empírica de explorar el terreno, dado que, en la inmensa mayoría de los casos, resultaba imposible ver lo que había bajo las copas de los árboles, cuya altura resultaba todavía lo suficientemente grande para esconder debajo a monstruos de tales dimensiones.

En el cuarto día de nuestra exploración, vimos de repente una gran agitación bajo las copas de los árboles. Trevor, cuya vista era excepcional, fue el primero en advertir lo que sucedía.

—¡Profesor Dempsey! ¡Por ahí, a la izquierda! ¡Baje un poco a ver qué sucede!

Perdí altura. Casi debajo de nosotros, y a unos cien metros de la orilla occidental del río, las copas de los árboles se movían con cierta violencia.

—Voy a disparar una granada, a ver qué sucede —dijo el cazador.

Hizo fuego y al instante escuchamos una ensordecedora explosión, a la vez que una nube de humo blanco pugnaba por salir de la vegetación. Ésta se agitó aún con más fuerza, y los movimientos que se percibían empezaron a correrse hacia la derecha.

—¡Va hacia el río! —gritó Jandosj, en una de las pocas veces que interrumpía su habitual mutismo.

Orienté el aparato en la dirección que seguía el animal, cuyo paso podía seguirse perfectamente por el movimiento de los ramajes. Era evidente que su instinto le hacía buscar un sitio despejado desde el cual lanzarse al aire.

—¡Hemos de evitar que se ponga en vuelo! —gritó el cazador—. ¡Jandosj, doctor Paes, vengan los dos a este lado, conmigo!

El helibús era lo suficientemente amplio para que los tres hombres se pusieran en uno de sus lados. Mientras ellos aprestaban sus lanzagranadas, yo situaba el aparato un tanto al sur de aquella agitación, a fin de permitirles mayor comodidad en los disparos.

De pronto, llegamos al río. Trevor y sus ayudantes habían lanzado ya unas cuantas descargas, cuyos efectos no habíamos podido comprobar. Súbitamente, una enorme bestia apareció ante nuestra vista.

Era un animal tremendo, de más de doce metros de longitud y cuya altura debía ser de la mitad. Pude apreciar que le faltaba una de sus patas, seguramente seccionada por la explosión de alguna de

las granadas disparadas desde el helibús.

Las enormes alas del octópodo empezaron a desplegarse. Visto desde la altura, y aparte de su terrorífica presencia, ofrecía un aspecto realmente impresionante. Cada tramo de aquellas gigantescas alas medía unos dos metros y medio de largo por siete u ocho de ancho, en ese caso, las dimensiones estaban invertidas, tal como sucede al medir los peldaños de una escalera. En total, cada ala tenía ocho tramos, de modo que cuando estuviesen desplegadas del todo alcanzarían una envergadura de cuarenta metros cuando menos.

En aquel instante, una granada impactó en uno de sus flancos. El animal, que había iniciado un salto, con ánimo de terminar de desplegar las alas ya en vuelo, flaqueó y cayó en el centro del Jatapu, con gran estrépito, en medio de una impresionante nube de espuma.

Sin embargo, aún no había muerto. El disparo le había herido gravemente y pataleaba de un modo frenético, a la vez que intentaba desplegar aquellas enormes alas con el fin de remontar el vuelo y escapar.

No le dimos tiempo. Virando lentamente en torno a él, a suficiente altura para no temer una reacción imprevista, Trevor y sus ayudantes le largaron unas cuantas salvas que lo destrozaron en pocos momentos. Paes, en especial, se mostraba terriblemente encarnizado, y chillaba y aullaba como si se hubiera vuelto loco, ansiando vengar a sus compañeros muertos y devorados. Al fin, el monstruo quedó hecho pedazos, asomando parcialmente fuera de las tranquilas aguas del río.

—Los «pirañas» se darán un banquete durante días —rió Trevor, recargando satisfecho su lanzagranadas.

Entonces, las uñas de Mynea se clavaron en mi mano.

—Clarence —dijo en voz baja—, mira ahí.

Seguí con la vista la dirección de su mirada. Inmediatamente, me entró un frío espantoso.

* * *

Estaba a pocos metros de la orilla oriental del Jatapu y era la bestia más grande de cuantas había visto hasta entonces. Posteriores

acontecimientos me dieron la razón, de modo que no puedo ser tachado de exagerado: aquel monstruo medía cuarenta metros de largo, y quizá más, por casi la mitad de alto. Una vez desplegadas sus alas, calculé que su envergadura no podía ser nunca inferior a los ciento cincuenta metros.

Era una bestia, colosal, apocalíptica, de larguísimo pelaje, muy semejante al de los grandes paquidermos de la Era Secundaria. Pero, contra lo que esperábamos, no dio muestras de querer atacar.

Tampoco estaba quieto, sin embargo. Se movía, aunque muy lentamente, con una progresión apenas perceptible. Tenía las patas casi replegadas contra su cuerpo, separadas lo indispensable para ayudarse en aquel lentísimo avance.

Detrás de él vimos unas masas oscuras, como de cincuenta o sesenta centímetros de grueso y forma aproximadamente circular, de un tono marrón gris muy sucio, verdaderamente repelente. Había, en total, unas diez o doce y estaban en hileras paralelas, separadas entre sí por unos dos metros cada una.

Inmediatamente, antes de que Paes gritase como un loco, comprendí lo que estaba haciendo el monstruo.

—¡Está desovando! —chilló el brasileño.

—Y eso explica —dije lentamente, mientras evolucionaba en torno al enorme animal—, su aparente torpor. —Me volví hacia Mynea—. ¿Cuántos huevos puede depositar en cada puesta?

—Treinta o cuarenta, aproximadamente. Ésta debe de ser la segunda desde su llegada a la Tierra. Pero sólo una cuarta parte de los huevos llegan a abrirse.

—¿Por qué?

—Los arácnidos recién nacidos devoran a sus congéneres para alimentarse durante el primer período de su vida. Ignoro por qué actuarán de semejante manera, pero así ha sido desde un principio.

Paes asomó el lanzagranadas fuera del aparato.

—Éste, desde luego, no volverá a poner más huevos —dijo. Apretó el gatillo y disparó.

—No sé lo que hubiera sucedido de no haber obrado Trevor tan oportunamente. La granada estalló en el abdomen del animal, pero aquél era un ejemplar de tamaño fabuloso y, al parecer, la granada no le causó demasiados daños. Irguióse convulsivamente, a la vez que agitaba sus tentáculos mandibulados, de más de doce metros de

largo, con un chirrido que ponía espanto en el ánimo. Trevor tuvo mejor puntería; colocó una granada en la cabeza de la bestia y la fulminó en el acto.

Todavía soltamos unas cuantas descargas más, a fin de asegurarnos. Cuando hubimos acabado, Trevor destruyó les huevos, tiro a tiro. Aquellos seres no nacerían en nuestro planeta.

Pero entonces se planteó un problema.

* * *

—A la Tierra vino una pareja. Hemos matado a la hembra; el macho queda en libertad, aparte de varios arácnidos más que, razonablemente, deben hallarse por estos parajes —manifestó Mynea—. No debemos regresar mientras no tengamos la seguridad de que no han sido exterminados todos. Por increíble que parezca, en seis meses, un animal como éstos puede, en las condiciones favorables que le ofrece la Tierra, alcanzar su talla adulta.

»Aún hay más. No puedo tener la seguridad de ello, ya que la pareja que viajó desde Arturo a este planeta estaba compuesta ya por dos adultos, los cuales, indudablemente, han aumentado bastante de tamaño. Pero es posible que una bestia nacida en la Tierra alcance unas dimensiones muy superiores a las del monstruo que hemos matado hace unos momentos. Si esto ocurriera, no quiero pensar siquiera las consecuencias que podría tener.

Al concluir Mynea su corto y sombrío parlamento, todos guardamos silencio durante algunos minutos. El panorama que se nos presentaba, en efecto, era estremecedor. Sobre todo, si dejábamos que los monstruos que habíamos visto llegaran a su edad adulta.

—Sólo hay una solución —exclamó Paes de pronto, lleno de agitación—: explorar. Explorar continuamente y destruir a cada animal que nos encontremos. Señorita Mynea, ¿cuántos calcula usted que puede haber todavía?

—Cuatro, tal vez cinco —contestó la muchacha.

—Incluyendo el macho adulto.

—Razonablemente, sí —concordó Mynea.

—¿Cree posible que las hembras nacidas en la Tierra hayan llegado ya a la época del desove?

—Me parece improbable, aunque no lo aseguraría rotundamente.

—Eso quiere decir que, si nos damos prisa, podemos extinguir esa dañina especie antes de que se reproduzca. —Paes soltó una risa nerviosa—. ¡Dios mío! Se supone que yo soy un científico, no un destructor de animales raros. Pero —añadió con ojos llameantes—, ¡no podemos consentir que tales seres sigan viviendo en nuestro planeta!

El brasileño tenía razón. También a mí me habría gustado conservar un ejemplar en cautividad, pero dado el tamaño que alcanzaban aquellos colosales insectos y, razonablemente, su prodigiosa fuerza física, resultaba del todo imposible construir un encierro adecuado para ellos. ¿Cómo íbamos a poder encerrar a unos seres vivientes capaces de alcanzar exorbitantes velocidades, muy superiores a la de la luz? Por mucho que nos desagradase, estábamos obligados a destruirlos.

* * *

En la semana siguiente matamos no a cuatro o cinco como había anunciado la muchacha, sino a ocho, todos los cuales habían alcanzado ya un tamaño pavoroso, aunque no tanto como el de la hembra que habíamos sorprendido desovando. Dos semanas más de continua exploración, sin resultados prácticos, nos hicieron llegar al convencimiento de que habíamos exterminado a todos los animales que habían nacido en la Tierra.

Al cabo de un mes largo de estancia en aquella comarca, empezamos a pensar en el regreso. Los víveres escaseaban ya y, por otra parte, Mynea y yo sentíamos cierta impaciencia por vernos ya convertidos en esposos. No era ya ningún secreto nuestro compromiso y todos los que estaban con nosotros habían prometido asistir a la ceremonia. Lo único que enturbiaba un poco nuestra satisfacción era el hecho de no haber hallado al macho adulto, a pesar de los esfuerzos realizados hasta entonces.

La víspera de la partida, Mynea y yo estábamos juntos, sentados en el suelo, contemplando silenciosamente el alegre baile de las llamas de la hoguera más próxima. Paes y Jandosj dormían profundamente, en tanto que Trevor, arma al hombro, vigilaba

atentamente las inmediaciones de la selva.

Había apoyado la espalda en un árbol y Mynea se recostaba en mí. Yo tenía los brazos en torno a su cintura y nuestras manos estaban juntas. Hacíamos planes para el porvenir, como cualquier otra pareja de novios.

—¿No echarás nunca de menos tu planeta? —pregunté de pronto.

Su mano subió hasta mi mejilla.

—Todo depende de ti, cariño —respondió mimosamente—. Si me siento feliz a tu lado, no desearé más, Clarence.

Me incliné hacia ella y rocé con los labios sus cabellos.

—Espero que no te arrepientas nunca de quedarte en la Tierra, querida… aunque, ¿quién sabe?, acaso un día consigamos del Pentágono que se nos devuelva tu astronave. Entonces me gustaría viajar a Vertevo.

—Te agradaría conocerlo. La vida es allí, muy distinta, por supuesto, aunque no creo que resultaras demasiado torpe para acomodarte a los usos y costumbres de mi mundo.

—¿Y Jandosj? —pregunté—. Es un hombre tan serio, tan callado… Apenas sé de él poco más que cuando aparecisteis aquella noche en mi casa…

—Él era el piloto de la nave espacial. Por lo que yo sé, no dejó familia en Vertevo, aunque quizá siente nostalgia de aquel planeta.

—Tendremos que buscarle una esposa para que se sienta menos solo en la Tierra, querida. No sería mala idea, ¿eh?

Mynea asintió sonriendo. De nuevo volvió a acariciarme la mejilla.

—Es un hombre muy bueno y competente. Aquí, en la Tierra, sería un ingeniero magnífico. Te aseguro que las empresas se lo disputarían a golpe de cheque. Quizá con el tiempo consigamos que nos construya otra astronave para regresar a Vertevo. Bien es verdad que algunos instrumentos son de dificilísima construcción, pero Jandosj…

—Calla —dije de pronto, oprimiendo el hombro de Mynea con fuerza.

Mi futura esposa se enderezó, mirando, como yo, con gesto de alarma, al cazador que se había descolgado del hombro la enorme arma y parecía escrutar la espesura vegetal que se abría ante

nosotros a pocos pasos de distancia.

El silencio era absoluto, total. Súbitamente, a unos doscientos metros de distancia se oyó un tremendo fragor, algo así como si una cuadrilla de leñadores hubiese derribado a un tiempo dos docenas de árboles.

En un instante comprendimos la verdad.

—¡El monstruo! ¡Ce acerca! —grité—. ¡Pronto, pronto, todos al helibús!

Paes y Jandosj se despertaron en el acto.

—¡No se entretengan en recoger nada, o estamos perdidos! —vociferé—. ¡Arriba todos pronto o moriremos!

Empujé a Mynea hacia el helibús y la ayudé a trepar por la escalerilla de acceso. Paes y Jandosj la siguieron inmediatamente, mientras seguíamos escuchando una serie de ruidos que nos ponían los pelos de punta. El último en subir fue Trevor, justo cuando la bestia irrumpía en el claro.

Pulsé d botón de ascenso. El helibús arrancó de un salto. Un segundo más tarde, el leviatán espacial lanzaba sus tentáculos prensiles, de más de quince metros de largos, provistos de tenazas que medían cuatro metros. De haber alcanzado al vehículo, le habría impedido elevarse, en cuyo caso, la suerte que habríamos corrido es fácil de imaginar.

Las llamas de las tres o cuatro hogueras que había no parecieron molestarle en absoluto, aun cuando el vello de sus patas empezó a arder por algunos lugares. Sus múltiples pupilas brillaban con un resplandor anaranjado que infundía espanto y el tableteo de sus tenazas era un sonido horrendo, espeluznante.

Trevor lanzó un grito.

—¡Las luces, profesor Dempsey!

Manejé los conmutadores. Dos potentes reflectores, situados en el vientre del helibús, se encendieron inmediatamente. Bajo su resplandor, la fiera quedó iluminada por completo.

Tragué saliva, impresionado a mi pesar. El macho era aún mayor que la hembra que habíamos matado. No voy a insistir en su aspecto pero, cada vez que lo recuerdo, rompo a sudar. Mientras nos elevábamos, vimos con toda claridad que el animal empezaba a desplegar sus colosales alas.

—¡Si le dejan que se lance al espacio, estamos perdidos! —gritó

Mynea.

—No volará —dijo Trevor firmemente—. Pare los motores, excepto el de sustentación, profesor.

Fascinado, observé el lento despliegue de las alas del monstruo insecto, con un ruido que sonaba al de muchas cañas quebrándose a un tiempo. En unos segundos, la envergadura de sus alas alcanzó ochenta o noventa metros. Y aún no las había desplegado del todo.

El lanzagranadas escupió un chorro de humo. Trevor lanzó una maldición. La granada había alcanzado de refilón en el conjunto de pupilas del lado izquierdo del cráneo de la bestia. La cegó aquel sistema visual, pero sin causarle ninguna lesión vital.

—¡Deprisa, Bill, deprisa! —gritó Mynea.

El cazador apoyó el cañón del arma en el borde de la ventanilla y tomó puntería con gran calma. Aquél era un momento decisivo; las alas del animal estaban ya casi desplegadas y se observaba la flexión de sus patas, segundos antes de iniciar el salto que lo llevaría al espacio. Si fallaba el tiro, deberíamos huir… pero ¿cómo escapar de un animal que, aun bajo la capa de la atmósfera, podía alcanzar velocidades planetarias?

El tiro partió. Vimos claramente la estela de la granada que iba a terminar en el centro de aquella horrenda cabezota. El proyectil estalló y el cuerpo del animal tocó bruscamente el suelo, a la vez que sus tentáculos prensiles dejaban de moverse.

—¡Lo consiguió! —aulló Paes.

Relajé mi cuerpo en el sillón. Sentía que el sudor me corría a chorros por la espalda. Los siguientes disparos fueron hechos para asegurarnos de que el animal había sido muerto, aunque, en realidad, no se necesitaban. Pero así nos sentíamos más tranquilos.

—¡Bueno, ya los hemos exterminado a todos! —dije—. Ya podemos volvernos a nuestras casas y dormir tranquilos por las noches.

Miré a Mynea y ella me miró a mí. Sonreímos mutuamente, llenos de felicidad pensando en el rosado futuro que nos esperaba.

Enormemente satisfecho, Paes exclamó:

—¡Se acabó la pesadilla, profesor Dempsey!

Paes se equivocaba. Yo también me equivocaba.

Todos estábamos equivocados.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VIII



asaron dos años.

En ese espacio de tiempo, sucedieron algunas cosas.

Mynea y yo nos casamos. Al año y medio, nació Clarence *junior*. Esto redondeó la felicidad de nuestro matrimonio.

El acontecimiento tuvo carácter mundial. Clarence hijo era el primer fruto de un matrimonio mixto interplanetario. Ya habíamos adquirido bastante fama con la destrucción de los monstruos y nuestro subsiguiente matrimonio, para que el nacimiento del bebé no la multiplicara «usque ad infinitum». Afortunadamente, como he dicho al principio del relato, vivíamos apartados de la capital, en un paraje prácticamente desierto, y la afluencia de curiosos no fue tan grande como habíamos temido en un principio.

Durante unos cuantos días, medio batallón de Infantería del Espacio mantuvo a raya a la gente; poco a poco, los curiosos fueron dispersándose hasta que nos dejaron solos. Por pura precaución, sin

embargo, quedó con nosotros un fornido sargento, llamado Tim McCoy, robusto como él solo y capaz de retorcer en tirabuzones el cañón de un tanque. Tim era un tipo simpático, alegre y, sobre todo, leal y servicial, de modo que, tras algunas deliberaciones, decidimos que pasara a nuestro servicio, en unión de su esposa, Magde, una jovial y rolliza mujer de treinta y cinco años, que hacía de todo en la casa. No obstante, cuando empiezan estos sucesos, McCoy servía aún en la Infantería del Espacio pero, dado el prestigio que yo había alcanzado en los últimos tiempos, el Estado Mayor no opuso inconvenientes a dejármelo como una especie de ayudante y factótum.

Quizá convenga explicar, porque no lo he hecho al principio de la historia, que mi situación económica, sin ser la de un nabab, me permitía vivir desahogadamente. Daba conferencias científicas, tenía un curso de entomología por TV y, además, disfrutaba de mi sueldo de asesor del Consejo de Ciencias, de modo que el problema dinero no existía en mi caso.

Como digo, Mynea y yo éramos intensamente felices. Clarence hijo crecía satisfactoriamente y prometía ser un buen mozo. ¿Podíamos pedir más?

* * *

Respecto a los demás protagonistas de la primera parte de la historia diré que el profesor Paes regresó a Río, y volvió luego a la selva con numerosas fuerzas que se dedicaron a una exploración intensiva de la comarca donde nosotros habíamos actuado. Aún descubrieron y mataron dos bestias más, que habían alcanzado ya un respetable tamaño. Pero, al cabo de un tiempo, las exploraciones demostraren que aquellos bichos habían sido exterminados.

En cuanto a Jandosj, con el prestigio que había adquirido yo, no le fue difícil recobrar su disco volador, en el cual, justo es decirlo, los científicos adscritos al Pentágono no habían causado daños extremadamente graves. Jandosj se entregó con afán a repararlo y, tras algunas discusiones, embarcó rumbo a Vertevo. Las discusiones fueron motivadas por los que querían embarcar con Jandosj; si ya anteriormente los astronautas habían ardido en deseos de viajar por el espacio a la Luna y a los planetas más cercanos, es fácil

imaginarse los esfuerzos que hicieron algunos para poder ser seleccionados como tripulantes de la nave de Jandosj.

La partida del taciturno individuo y de sus acompañantes tuvo lugar unos dos meses después del nacimiento de Clarence hijo y esto terminó de desviar la atención mundial hacia nosotros. A fin de cuentas, era el primer viaje que se emprendía con destino a un astro no situado en nuestro sistema solar.

Respecto a Bill Trevor, nos habíamos hecho muy amigos. Bill residía en una granja que cultivaba personalmente, a unas ciento cincuenta millas hacia el oeste, y en la cual pasaba la mayor parte del tiempo, cuando no era requerido como experto para alguna cacería. Solíamos tener noticias suyas con frecuencia; la última era una gran fotografía que lo representaba con un traje espacial y con el pie derecho sobre el cuerpo tendido de un perro jupiterino, aquellos extraños animales de seis patas, casi la única diferencia anatómica con un perro terrestre cuya base alimenticia era la sílice, causa de todos los fracasos en su aclimatación en nuestro planeta. Después supimos que había vuelto a su granja, en espera de un nuevo contrato, pero pasó el tiempo y no volvimos a tener noticias de él.

* * *

Cuando Clarence hijo iba a cumplir el primer año de su vida, enviamos invitaciones a Paes y a Trevor para que asistiesen a la fiesta. Paes acudió, desde luego, pero Trevor no dio señales de vida.

Esto nos extrañó; Bill Trevor había adquirido bastante fama con nuestra expedición y sus partidas de caza solían meter bastante ruido en los medios de difusión de noticias. Que nosotros supiéramos, había vuelto del citado «safari» a Júpiter —bueno, a uno de sus satélites dotados de cierta atmósfera, ya que en el propio Júpiter es difícil mantenerse largo tiempo a causa de su exceso de gravedad, que es de 2.53 respecto a la de la Tierra—, pero no había vuelto a emprender ningún viaje para realizar otra cacería.

Entonces, al ver que no comparecía, Mynea, Paes y yo nos sentimos preocupados. Trevor no era hombre descortés y si no había podido venir, era que alguna razón poderosa se lo impedía. Pero lo raro era que no había mandado ninguna excusa.

—¿Por qué no le llamas a su casa? —sugirió Mynea, más bella y encantadora que nunca, después del nacimiento del niño—. Ya sabes que es un solterón empedernido y que no tiene a nadie que le atienda. Quizá está enfermo y precisa ayuda. Nosotros podríamos prestársela en tal caso, ¿no crees, Clarence?

—Sí, es una buena idea.

Pero cuando yo iba a llamar, Tim McCoy se me adelantó.

—Déjeme, señor; yo lo haré —se ofreció el fornido sargento de Infantería del Espacio.

Mientras McCoy manipulaba en el visófono, Paes y yo nos enzarzamos en una animada discusión científica. Mynea jugaba con el chiquillo, que se revolcaba alegremente por la alfombra. Mynea era verdaderamente feliz.

De pronto, McCoy dijo:

—Profesor, el señor Trevor no contesta.

Mynea suspendió sus juegos, y quedó sentada en el suelo, con Clarence abrazado contra su pecho. Paes y yo nos miramos mutuamente.

—Es extraño —comenté—. Insista, Tim.

—Bien, profesor.

En aquel momento, no sé por qué, un cierto presentimiento cruzó por la estancia, apagando en el acto el buen humor que habían reinado hasta entonces.

—Sigue sin contestar, profesor —anunció McCoy al cabo de un par de minutos.

—Habrá emprendido algún «safari» recientemente —sugirió Paes.

—No lo creo. Trevor es una excelente persona, pero con un magnífico sentido de la propaganda. Generalmente —añadí—, quienes contratan sus servicios son personas adineradas, ávidas de brillar en las páginas de sociedad, y a las cuales les gusta ver su nombre en letras de molde antes, durante y después del «safari». Si en estos momentos no está realizando algún contrato fuera de su granja, es que Bill se encuentra en un apuro.

—Pues, entonces, tu deber es ir y prestarle ayuda —dijo Mynea.

Consulté el reloj. Anochecía ya.

—Es un poco tarde ya, ¿no crees, querida? Tim y yo saldremos a primera hora de la mañana.

—Si no le importa, les acompañaré yo —dijo Paes—. No olvide que, además de entomólogo, poseo el título de doctor en medicina y mis servicios pudieran ser quizá necesarios a Trevor.

—De acuerdo, no se hable más del asunto.

* * *

Mi casa está situada en un lugar privilegiado, al pie de un gran farallón rocoso de unos cien metros de altura, en cuya cima hay una gran planicie. Los muros poseen numerosas grietas y hendiduras, algunas de las cuales se adentran profundamente en la montaña; y la mayoría de ellas son tan angostas que con dificultad pasa una persona por su interior.

El muro forma como una especie de anfiteatro, orientado al mediodía, de modo que el edificio está muy bien protegido contra los vientos del norte en el invierno. Delante se extiende una gran llanura, parte de la cual constituye mi propiedad y en la que cultivo vegetales para mi alimentación; una especie de evasión cuando me encuentro fatigado por el trabajo científico. Tengo también corrales con animales domésticos y un par de cobertizos destinados a albergar las máquinas auxiliares de labranza, así como un hangar donde guardo el helicóptero que normalmente suelo utilizar para mis desplazamientos, una furgoneta rural del aire con capacidad para ocho personas y dos toneladas de carga, cuidada constante y magníficamente por el bueno de Tim McCoy.

El sargento vino con casco de campaña, supermetralleta y el cinturón lleno de granadas de mano, las nuevas bombas apenas mayores que una canica, pero capaces de devastar el suelo en un radio de cincuenta metros. Fruncí el ceño al ver a Tim equipado como si fuera a la guerra, pero el sargento acalló mis protestas en el acto.

—Tengo la obligación de protegerle a usted, profesor —manifestó; y no hubo quien le apeara de sus propósitos, de modo que hubimos de acceder a que McCoy nos acompañara con todo su arsenal.

* * *

Una hora más tarde, avistábamos la granja de Trevor. Ésta se hallaba en un hondo y solitario valle, entre montañas cubiertas de una espesa vegetación compuesta principalmente de grandes coníferas. Era un paraje ameno y de unas vistas magníficas, lleno de pastos en su parte inferior, por cuyo centro serpenteaba un arroyo que parecía de plata visto desde las alturas.

Tim era el piloto. Dejó que el aparato descendiera, mientras yo examinaba el panorama con unos prismáticos, sin advertir la menor señal de vida.

—¿Vive solo Trevor en la granja? —preguntó Paes.

—Tiene un ayudante, pero sólo trabaja los cuatro primeros días de la semana. Hoy es viernes, de modo que, en todo caso, estará en la ciudad divirtiéndose.

—No veo humo —dijo Paes—. Es raro; en una granja durante el día la chimenea suele humear casi siempre.

—Debe de guisar con infrarrojos —murmuré.

Ya estábamos a doscientos metros de altura y entonces cuando McCoy daba la vuelta para aterrizar, vimos que toda la parte posterior de la granja estaba completamente destrozada.

—¡Rayos! ¿Quién ha bombardeado ese edificio? —juró el sargento.

Una garra helada oprimió mi ánimo en aquellos momentos. Había más destrozos: todos los campos de labor aparecían arrasados, como si hubiera pasado por ellos un ciclón devastador. Ni una planta ni un árbol se mantenían en pie; y, viendo aquellas destrucciones, incluso se nos antojó raro que parte de los edificios se conservaran medio intactos todavía.

—Descienda delante de la fachada, Tim —recomendé.

McCoy obedeció. Unos minutos después echábamos pie a tierra en un silencio absoluto, deprimente, enervador.

Había también otra cosa que nos impresionó sobremanera: un hedor espantoso flotaba sobre el ambiente, un olor a podredumbre verdaderamente repugnante, indescriptible, que parecía brotar de todos los sitios a la vez y de ninguno en particular.

La puerta estaba casi arrancada de sus goznes y en la madera vimos las huellas de algo parecido a los dientes de unas tenazas gigantescas. Paes y yo nos miramos mutuamente, sin atrevernos a expresar en voz alta nuestras aprensiones. En aquel instante, los dos

pensábamos lo mismo.

Súbitamente, rompiendo aquel agobiante silencio, se oyó un crujido que nos puso los pelos de punta.

CAPÍTULO IX



n realidad, casi fue más un chasquido, y no muy fuerte. Pero, en unos segundos tan sólo, nuestros nervios habían adquirido una tensión insoportable y aquel ruidito nos sobresaltó horriblemente.

Sin vacilar, el sargento se lanzó hacia la casa con su metralleta aprestada. Le llamé a gritos, pero McCoy no me hizo el menor caso.

El vozarrón de McCoy llegó de pronto hasta nosotros.

—¡Profesor! ¡Vengan, los dos, pronto!

Cruzamos el umbral, olvidando por unos instantes el espantoso hedor que reinaba en torno nuestro. McCoy se hallaba en una de las habitaciones contiguas, a un paso de la puerta, de modo que nos tapaba con sus anchas espaldas la visión de lo que había al otro lado.

El sargento se apartó a un costado. Paes y yo penetramos en la estancia, dos de cuyos muros se habían convertido en ruinas.

Sentí que la sangre se helaba en mis venas. En aquel instante

comprendí los motivos del silencio de Trevor.

¡En el suelo había dos huevos de arácnido espacial!

Sí, dos huevos de bestia, uno de los cuales mostraba varias grietas en su repugnante cáscara, indicio seguro de que el animal que había en su interior pugnaba por liberarse de su prisión, una vez llegado a término su período de incubación. El otro huevo aparecía intacto.

Aquél había sido el despacho de Trevor. Divisé sobre la mesa varios papeles y un libro, con todo el aspecto de ser un diario y del que me apoderé sin vacilar, no sin dar antes un rodeo para esquivar los huevos.

—¿Cómo pudo ese hombre cometer tamaña imprudencia? —exclamé, exasperado. En un rincón vi fragmentos de cáscara, suficientes para componer dos huevos, lo cual quería significar que al menos dos de los arácnidos voladores habían salido del cascarón y andaban sueltos por el mundo. ¿Cuánto tiempo?, era la aterradora pregunta que uno se formulaba inmediatamente.

De pronto, McCoy lanzó un grito:

—¡Cuidado! ¡El huevo se abre!

Paes y yo retrocedimos presurosamente unos pasos. Los crujidos de la cáscara eran cada vez más fuertes, indicio de que el nacimiento de la bestia estaba a punto de producirse.

Paes se retorció las manos nerviosamente.

—¡Qué lástima, qué lástima tan grande no poder conservar unos animales semejantes! ¡Qué triunfo para la ciencia!

—Deseche esas ideas, doctor —dije—. Tendremos que conformarnos con las fotografías que poseemos. Seres así no pueden seguir viviendo sobre la Tierra. Son un peligro demasiado grande para permitirles andar sueltos.

—Ya hay dos que merodean por ahí —gruñó el sargento, sin dejar de mirar al huevo, las grietas de cuya cáscara se ensanchaban a cada segundo que transcurría—. Y lo interesante sería —añadió— saber cuánto tiempo hace que nacieron.

—Diablos —exclamé a media voz, asustado—, es cierto. Lo había olvidado. Doctor Paes, ¿cree usted que…?

La voz del sargento me interrumpió repentinamente.

—¡Cuidado, ahí está ya!

La cáscara terminó de abrirse con un último crujido. El hedor

aumentó de intensidad, si tal cosa era posible. Los fragmentos de la envoltura cayeron al suelo y el monstruo quedó al descubierto.

Lamenté no haberme llevado una cámara para registrar aquel fabuloso acontecimiento. Muchas de las escenas de la cacería junto al Jatapu habían quedado grabadas, pero aquélla sólo podría ser recordada por nosotros tres.

El huevo medía unos sesenta centímetros de eje mayor. La bestia apareció en la postura que adoptan todos los seres ovíparos; esto es, con las patas y el cuerpo replegados sobre sí mismo, a fin de ocupar un menor espacio, y envuelto, además, en una especie de membrana transparente, viscosa, semilíquida, que se evaporó a los pocos instantes.

Entonces, el monstruo empezó a desplegar sus patas. Vacilante al principio, con más firmeza después, se estiró, se desarrolló, alcanzando en cuestión de sesenta segundos un tamaño doble al original. Si alguno es capaz de imaginarse una araña de un metro veinte o más, que haga la prueba.

Los ojillos de la bestia nos miraban malignamente. Era evidente que aún se sentía torpe, pero tanto Paes como yo sabíamos que aquel envaramiento no tardaría en desaparecer.

Haciendo un esfuerzo, me sustraje a la fascinación que me causaba la contemplación de aquella bestia.

—Tim, hay que destruirla —exclamé con voz firme—. Y al otro huevo también.

—Entonces, profesor —dijo el sargento tranquilamente—, creo que un par de granadas será lo mejor.

En mi interior celebré la buena ocurrencia del sargento. De lo contrario, el exterminio de aquel monstruo nos hubiera creado serios problemas.

McCoy sacó dos granadas y maniobró en las espoletas de tiempo.

—Las graduaré para treinta segundos —dijo. Al concluir sus manipulaciones, se puso en cuclillas y las arrojó rodando hacia donde se hallaba el monstruo tratando de adquirir un más completo dominio de sus miembros—. ¡Fuera! ¡Al helicóptero!

Echamos a correr y montamos en el helicóptero, alejándonos a toda prisa. Apenas habíamos llegado a los cien metros, sonaron dos ensordecedoras explosiones, a la vez que los restos de los edificios

saltaban en mil pedazos a gran altura, envueltos en una nube de polvo y humo.

—Buenas bombas, sí, señor —exclamó McCoy complacido, mientras maniobraba para perder altura.

Una segunda explosión nos llevó al absoluto convencimiento de que tanto el monstruo recién nacido como el huevo habían quedado completamente destruidos. Entonces descubrimos, en los restos de lo que había sido dormitorio de Trevor, unas sábanas polvorientas y con unas manchas oscuras y secas, cuyo origen era inconfundible.

Las manchas de sangre nos dijeron cuál había sido el fin del desdichado e imprudente cazador. Pero todavía nos dijeron más cosas.

La peor de todas ellas era que la muerte de Trevor y, probablemente, la de su ayudante, se habían producido hacía ya algunas semanas.

* * *

—Sugiero que realicemos una exploración por estas montañas —dijo Paes—. Ésta es una nueva generación de monstruos y, por lo tanto, su crecimiento tiene que resultar fabulosamente rápido.

—Muy bien —aprobé—. Mientras volamos, estudiaré el diario de Trevor. —Con los dientes prietos, añadí—: Lamento infinito su muerte, pero esta imprudencia le habría costado cara de haber seguido con vida.

—Ya la pagó con su propia existencia —dijo Paes sombríamente—. El nacimiento de los dos pequeños monstruos debió de tener lugar mientras dormían; de este modo, Trevor y su ayudante no tuvieron tiempo de escapar.

El helicóptero ganaba ya altura en dirección a las montañas más próximas.

—Mynea dijo que los primeros que nacían devoraban las crías de los otros huevos: —expresé—. Éstos, sin embargo, no lo hicieron. ¿Se le ocurre a usted alguna explicación razonable, doctor?

—En primer lugar, tenían una presa más apetitosa a mano —contestó Paes—. Y, en segundo, no olvidemos que poseen una inteligencia-instinto, en virtud de la cual debieron comprender que, siendo tan pocos, les convenía permitir el nacimiento de los otros

dos congéneres.

—Es posible que haya ocurrido así —murmuré. Y, acto seguido, me sumergí en la lectura del diario de Trevor.

* * *

El cazador había descubierto un nidal a poca distancia del campamento, dos noches antes de nuestra partida de la selva. Aprovechando sus turnos de guardia, había transportado los huevos al compartimiento de carga y los había ocultado de modo que nadie los viera, cosa no demasiado difícil por cierto ya que, en realidad, era él quien se preocupaba de todo lo concerniente a la alimentación, equipajes y demás, como experto en cacerías. Incluso había alquilado el helibús, de modo que llevar luego los huevos a su granja no le había resultado difícil.

Según el diario, se desprendía que Trevor había mantenido desde el primer momento la idea de domesticar aquellos bichos para luego exhibirlos públicamente y hacerse millonario. Sostenía la tesis, como buen cazador, de que no hay animal salvaje que no pierda su fiereza, si se le trata bien desde el instante mismo de su nacimiento. La verdad, un circo con cuatro monstruos de semejante tamaño habría resultado una atracción fabulosa. Lo difícil hubiera sido que las autoridades le hubiesen concedido el permiso de exhibición, pero hay personas cuyo optimismo es congénito. Ese optimismo le había costado a Trevor la propia vida.

El valle estaba situado a buena altura sobre el nivel del mar y su ambiente no era el mismo que el de la jungla amazónica. Quizá por ello habían tardado tanto los huevos en incubar. Menos calor, menor radiación solar… ¿quién podría explicar de un modo absolutamente satisfactorio las causas del retraso en la eclosión? Lo único cierto, indiscutible, sin embargo, era que dos monstruos andaban sueltos y creciendo, creciendo…

Según el diario de Trevor, la primera pareja había nacido nueve semanas antes.

* * *

¿Cómo no se había tenido la menor noticia de los monstruos hasta entonces?

Súbitamente, McCoy lanzó un grito.

—¡Miren allá abajo!

El helicóptero descendió un par de cientos de metros. En aquel lugar, la vegetación de coníferas era muy espesa, con ejemplares que alcanzaban hasta veinte y veinticinco metros. Había un sector, no obstante, que aparecía completamente devastado en una ancha faja, como si hubiese pasado por allí un tanque de tamaño colosal. Árboles con troncos de grosor superior a los dos metros aparecían derribados como simples mondadientes y, en muchos sitios, desnudos por completo de las partes más tiernas, que seguramente habían servido para alimento de los descomunales insectos.

El ancho rastro mediría unos cincuenta metros de ancho por varios centenares de largo. De repente, desaparecía.

—¿Por qué habrán estado escondidos los monstruos tanto tiempo? —preguntó Paes a media voz.

—Puede haber una explicación, doctor —contesté—, y es lo que usted dijo antes de su inteligencia-instinto. Seguramente han permanecido escondidos hasta alcanzar un tamaño que les permitiera desafiar con éxito posibles ataques de otros enemigos.

Paes se espantó.

—¡Cielos! Entonces, ¿qué dimensiones tendrán ahora?

—No lo sé —contesté, con el ceño fruncido—, aunque sí puedo anticiparle una cosa: voy a hablar con el Secretario de Asuntos Culturales y voy a decirle…

La voz del sargento me interrumpió de repente.

—¡Profesor, nos están llamando por radio!

Lancé una mirada hacia el cuadro de instrumentos, en donde una lámpara de color ambarino centelleaba intermitentemente.

—Ponga la llamada en el altavoz, Tim —dije.

—Sí, señor.

Entonces, la voz de Mynea irrumpió angustiosamente en el interior del aparato.

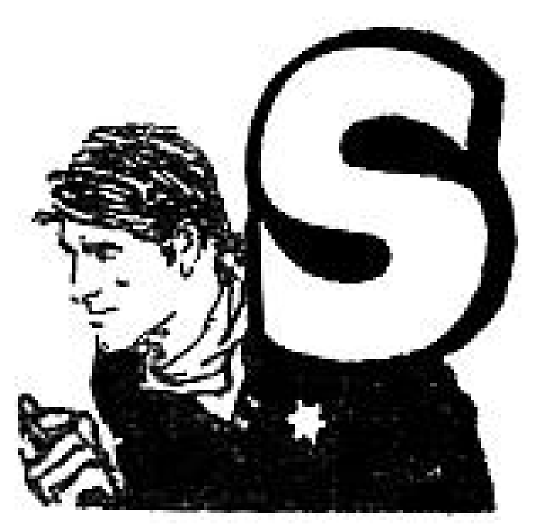
—¡Clarence! ¡Las Bestias! ¡Son dos y vienen volando hacia aquí! ¡Escapamos…!

La voz de Mynea se apagó de pronto en un súbito estruendo.

Sentí que el cuerpo se me cubría instantáneamente de un sudor

frío. Mientras el sargento llamaba frenéticamente por el micrófono, yo me desplomé sobre el asiento, a punto de desmayarme. Porque, ¿adónde iban a escapar Mynea, el niño y Magde si el único vehículo de que disponíamos estaba siendo utilizado en aquellos instantes?

Capítulo X



entí un nudo en la garganta cuando vi desde el aire los destrozos. En aquellos instantes, deseé mil veces que Trevor hubiese estado vivo para matarle mil veces también.

Mientras volábamos a toda velocidad, había avisado por radio a Pierre Dupitt. Mi amigo me había creído ahora y contestó que se pondría inmediatamente en contacto con sus colegas de gabinete para enviar fuerzas de combate al área que se suponía atacada por los monstruos, con el fin de destruirlos.

Cuando aterrizamos, nos asaltó inmediatamente el espantoso hedor que seguía a la presencia de aquellos monstruos. Cerré los ojos unos momentos; me sentía enfermo al ver la devastación originada por aquellos horribles engendros.

La casa estaba completamente destruida, pisoteada, arrasada. Quién podía decir si la extraordinaria combinación de inteligencia-instinto era hereditaria y aquellos fabulosos seres se habían ido

transmitiendo, de generación en generación, el odio hacia una de las personas que más habían contribuido a su destrucción. Eso es algo que no podremos saber con exactitud, pero sí es cierto que, cuando los arácnidos voladores hubieron alcanzado el grado conveniente de desarrollo y resolvieron entrar en acción, la primera casa que decidieron atacar fue la mía. ¿Inteligencia? ¿Instinto? ¿Un animal deseoso de revancha? Imposible decirlo aún hoy en día. He de limitarme a relatar los hechos con cierta frialdad, tal como sucedieron.

Sentí que las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Mynea y el niño… A mi lado, Tim McCoy, con sus manazas crispadas en torno a la supermetralleta y el rostro demudado, hinchaba y deshinchaba el pecho convulsivamente.

Era imposible que debajo de aquellas ruinas hubiese ningún superviviente. Incluso los animales domésticos habían sido devorados por aquellos monstruos, lo cual, obvio es decirlo, dadas las características especiales de las Bestias, no habría hecho sino contribuir aún más a su rápido desarrollo. Tal como estaban las cosas, calculé que en aquellos momentos, su tamaño debía alcanzar cumplidamente los quince metros de longitud, por unos cinco de altura; con una envergadura de alas de sesenta o más metros. ¿Qué pasaría cuando hubiesen llegado a la edad adulta, antes de medio año?

Lentamente, sin pronunciar una sola palabra, recorrimos las ruinas. Levantamos algunas vigas y escudriñamos bajo los montones de escombros, pero los tres sabíamos que aquello que estábamos haciendo era completamente inútil. Las dos mujeres y el niño habían sido devorados por los monstruos. Aquella idea se me hizo insoportable de pronto y, sin poder contenerme, empecé a golpear con los puños un trozo de muro que aún se mantenía en pie.

Paes me cogió por los hombros.

—Cálmese, profesor —dijo—. Quizá su esposa está viva todavía…

—Ha muerto, han muerto los dos… y la esposa de Tim también —gemí, en el paroxismo de mi dolor.

En aquel momento, aparecieron en el cielo los primeros aparatos. Un minuto más tarde, el suelo estaba poblado de soldados con equipo de combate: lanzagranadas, lanzallamas, toda clase de

armamento portátil, en fin, incluyendo cohetes de alto poder expansivo y granadas incendiarias.

Dupitt llegó en uno de los helicópteros, junto con el Secretario del Interior. En otro helicóptero llegaron un par de generales y el comandante del batallón, quien distribuyó inmediatamente a sus hombres para rechazar cualquier ataque.

Dupitt me estrechó la mano en silencio. Soportó mis reproches.

—Tienes razón, Clarence —dijo—. Debí hacerte caso desde un principio. Sin embargo, aún no es tarde…

¿Que no es tarde? —grité—. ¡Mi esposa y mi hijo han muerto! No es tarde, ¿para qué, Pierre?

—Cálmese, profesor —dijo el Secretario del Interior, Gordon—. Quizá consiguieron escapar, tal como le anunciaron por radio.

—¡No hay quien escape de esos monstruos! —rugí—. A estas horas, han muerto ya, como la esposa del sargento McCoy…

—Bill Trevor cometió una imprudencia —dijo Dupitt—. Es a él a quien debes imputar lo sucedido…

—¡Donosa idea! —exclamé agriamente—. Trevor ha muerto…

Mientras discutíamos, y no de buenas maneras, parte de los soldados se afanaban en el descombro de la casa, en tanto que varios helicópteros volaban en círculos por encima de nosotros, a distintas alturas, con el fin de otear el terreno. Cerca de allí, el coronel Grayson había montado su puesto de mando, con una central de transmisiones, y daba órdenes a diestro y siniestro.

—Deberás ordenar que exploren la comarca en un gran radio —sugerí a Dupitt—. Las Bestias son muy rápidas y pueden alcanzar grandes distancias en pocos momentos.

—Lo están haciendo ya —contestó Gordon—. Además, hemos dado la alarma general a todo el mundo. Se ha recomendado a los que viven en granjas aisladas que las abandonen inmediatamente y que se vayan a los grandes núcleos donde las posibilidades de defensa son mayores. Mientras tanto…

Un brutal alarido de McCoy cortó en seco las manifestaciones del Secretario del Interior. La mano del sargento vacilaba visiblemente al señalar hacia un punto situado al pie del farallón.

Por un instante creí estar soñando. ¡Mynea… y el niño… y la señora McCoy… estaban vivos!

* * *

Corrí hacia, ellos dando trompicones. Mynea y yo nos fundimos en un estrecho abrazo, en tanto que McCoy estrujaba a su rolliza media costilla. Durante unos momentos, no supimos hacer otra cosa que reír y sollozar histéricamente a un tiempo.

Después, varios hombres acudieron a nuestro lado. El oficial médico del batallón hizo un rápido reconocimiento a las mujeres y al niño, y nos comunicó que estaban en perfecto estado. Un soldado trajo una bandeja con vasos llenos de café. Los adjuntos de ingenieros habían montado un par de tiendas de lona y nos reunimos todos bajo una de ellas.

Entonces, ya más calmada, Mynea nos explicó lo sucedido.

—El niño dormía —dijo—. La señora McCoy preparaba la comida y como yo no tenía otra cosa que hacer, salí al jardín a arreglar un poco el seto de claveles. Entonces oí un silbido extraño, muy lejano. Levanté la vista y me quedé helada de espanto al ver a los dos monstruos que se dirigían hacia aquí…

Su rostro palideció unos instantes al recordar los horribles momentos.

—Corrí hacia la casa y cogí a Clarence en brazos, a la vez que avisaba a Magde… Te llamé a ti, pero no me entretuve sino apenas lo justo… Inmediatamente abandonamos la casa; los monstruos estaban ya a menos de doscientos metros. Corrimos hacia los cantiles, ya que era el único refugio que podíamos hallar, y nos escondimos en el interior de una estrecha grieta de gran profundidad. —Mynea se estremeció—. A pesar de todo, uno de los arácnidos consiguió introducir un tentáculo…

¡Dios mío, fue algo horrible! Las tenazas se abrían y cerraban a menos de un metro con un ruido espantoso… y no podíamos retroceder más, porque ya habíamos llegado al fondo de la grieta… Afortunadamente, la bestia comprendió la inutilidad de sus esfuerzos y desistió de su empeño.

»Luego escuchamos una serie de ruidos espantosos y gritos de los animales domésticos. No nos atrevíamos a movernos de allí, heladas de espanto las dos. Ni siquiera cuando escuchamos voces humanas…

Volví a abrazar a Mynea, comprendiendo el terror de aquellos

espantosos momentos. En medio de todo, el egoísmo de saberles a salvo me hacía olvidar incluso la existencia de dos arácnidos voladores, libres y sueltos por el país.

—Está bien, Clarence —dijo Dupitt al cabo de unos momentos —. Supongo que ahora querrás situar a tu esposa en lugar seguro.

—Por supuesto —contesté.

—Daré orden al coronel Grayson de que le facilite un helicóptero, profesor —ofreció Gordon—. ¿Adónde desea ir, señora Dempsey?

—Creo que en Washington estaría bien —sugerí. Miré a Dupitt —. Calculo que estás pensando que sería conveniente que me quedara con vosotros para ayudaros a dirigir la lucha contra los monstruos.

Dupitt sonrió débilmente.

—Acabas de ahorrarme hacerte esa proposición, Clarence —dijo —. De todas formas, si te niegas, no podré obligarte a ello, por supuesto.

Miré a mi esposa.

—Es ella la que tiene que darme el permiso —dije.

Mynea oprimió mi mano cariñosamente.

—Haz lo que te dicte únicamente tu conciencia. Magde vendrá conmigo y ya nos arreglaremos durante unos días en Washington.

—Daré órdenes para que uno de mis ayudantes se ocupe de acomodarlas a ustedes —dijo Gordon.

El coronel Grayson entró en aquel instante.

—Acabo de recibir un mensaje —dijo—. Uno de los monstruos ha sido avistado en las faldas del Monte Davis. He dado órdenes para que una escuadrilla de interceptores salga en su busca y lo destruya.

—¿Sólo uno, coronel? —pregunté.

—Ésos son los informes que poseo, profesor —contestó el militar.

—Sólo un arácnido —repetí, muy preocupado—. Pero había dos. ¿Dónde está el otro?

—Ya lo buscaremos —dijo Gordon con firme acento—. Ahora, lo importante es trasladar a las señoras a la capital. ¿Mayor Travis?

El oficial nombrado se puso inmediatamente a la disposición de Mynea y de Magde. Llevando al niño en brazos, me encaminé junto

a ellas hacia el helicóptero que ya se disponía a despegar.

En aquel instante, una densa oleada de mal olor invadió el ambiente. Por unos momentos, habíamos logrado habituamos al hedor que se percibía junto a las ruinas, pero de repente se había acentuado de tal manera que casi estuvo a punto de asfixiarnos.

Y súbitamente comprendí lo que sucedía.

¡El otro monstruo! ¡Estaba allí todavía!

Estallaron unos gritos de alarma y de pavor.

—¡Mírenlo!

—¡Ahí está!

—¡Cuidado!

—¡Fuego, fuego!

—¡Tírenle a la cabeza!

El aspecto de la Bestia, a cincuenta metros de distancia, era algo horrendo, imposible de describir. Mis cálculos sobre su tamaño habían resultado completamente equivocados. Su altura era de unos siete metros y su longitud de más del doble. El grueso de sus patas superaba al de un hombre normal y sus pupilas rojo-amarillentas poseían un brillo con alternativas de intensidad luminosa, que aumentaba todavía más el espantoso aspecto que ofrecía el animal. Sus tentáculos prensiles se agitaban con estremecedor castañeo, a la vez que se esforzaba por salir de la grieta en donde había permanecido escondido hasta entonces.

Sonaron algunos disparos. El miedo y la sorpresa hicieron que los proyectiles errasen el blanco. Los gritos y las imprecaciones se escuchaban por todas partes.

El animal arrancó a correr de pronto. Arrasaba cuanto hallaba a su paso. Una estampida de loco pánico se produjo entonces. Dejando tras sí una ancha y sangrienta estela de muertos y heridos, la bestia galopó velozmente, haciendo retemblar el suelo bajo sus patas. De repente, extendió las alas y saltó al aire, perseguida por algunas granadas que no consiguieron sus objetivos. En pocos segundos, menos de medio minuto, se perdió de nuestra vista.

CAPÍTULO XI


l pánico que se apoderó de toda la nación, en especial del sector comprendido en un radio de trescientas millas en torno a la capital, fue indescriptible.

Las gentes iban a su trabajo escrutando constantemente el cielo. Los aviones volaban continuamente de un lado para otro, buscando rastros de los dos monstruos, sin que, al cabo de cinco semanas, se hubiese hallado el menor rastro de los mismos.

Mynea y yo nos habíamos instalado provisionalmente en un hotel de la Avenida de Pensilvania, junto con Magde y su esposo. Tim seguía siendo mi fiel ayudante y ambos trabajábamos en una oficina gubernamental donde se supervisaban los distintos informes que se recibían acerca de la presencia de las Bestias.

Paes había vuelto al Brasil en donde, de acuerdo con su gobierno, estaba dirigiendo una campaña para explorar de nuevo la selva, a fin de no correr el riesgo de más nacimientos de monstruos.

Yo y Tim acudíamos a diario a la oficina, en donde en anión del coronel Grayson, del doctor Sharvey y de algunos otros funcionarios, tratábamos de centralizar los informes y las actividades tendentes a la búsqueda y destrucción de los monstruos.

Los informes y noticias que llegaban, en su inmensa mayoría, eran tan absurdos como contradictorios. Casi todos procedían de gentes histéricas que creían que una simple abeja era el monstruo que buscábamos. Uno decía que todas las noches de plenilunio los insectos voladores le dejaban sin luz de luna, cosa que perjudicaba mucho sus cosechas. Otro pedía tubos de plasma para reponer la sangre que le succionaban los monstruos noche sí, noche no. Había quien destruía deliberadamente su casa, regándola luego con extracto de ácido sulfhídrico, a fin de simular el hedor de las Bestias, con el objeto de cobrar el seguro; otros aprovechaban la ocasión para robar el ganado o arrasar las cosechas de su enemigo personal, y no faltaban, finalmente, los maniáticos religiosos que, una vez más, nos instaban a arrepentirnos de nuestros pecados y volver al estado de pureza, en vista de que el fin del mundo estaba tan cerca.

En total, sólo una docena de informes fueron dignos de ser tomados en cuenta. Los monstruos habían recorrido un camino casi semicircular, oscilando siempre entre una distancia de doscientas a doscientas cincuenta millas de Washington, desde, más o menos la altura de Nueva York al norte, Pittsburgh al oeste y el límite de la Carolina septentrional, hacia el sur. Si tenemos en cuenta que mi casa se hallaba situada en el valle del South Branch, casi al pie de la montaña Spruce Knob, es preciso convenir en que los monstruos no se alejaban demasiado de las inmediaciones donde nos encontrábamos Mynea, el niño y yo.

Pero, de repente, a las cinco semanas de su aparición, los informes sobre los monstruos —hablo de los informes que podían ser tomados en cuenta, naturalmente—, dejaron de llegar. Y transcurrieron cinco semanas más en un silencio absoluto, sin la menor noticia de las dos Bestias.

* * *

Esto empezó a preocuparnos notablemente.

En primer lugar, la edad de los arácnidos voladores sobrepasaba ya las diecinueve semanas, esto es, cuatro meses largos. Resultaba imposible conocer su sexo, pero no había ninguna razón para no creer que se trataba de una pareja. ¿Qué sucedería dentro de dos meses, cuando llegasen a la edad adulta y la hembra diera comienzo al desove?

Era preferible no pensar en aquello… pero era obligatorio tener en cuenta semejante posibilidad. Durante casi una semana más, estuvimos discutiendo exhaustivamente la forma de hallar a los monstruos, sin arbitrar ninguna solución. Hablando objetivamente, parecíamos papagayos en una jaula del zoo.

Entonces vino Paes desde el Brasil. En dos meses no había hallado más rastros de los arácnidos y, en vista de que su presencia allí no era necesaria, había decidido unirse a nosotros.

La noche de su llegada cenamos todos juntos, incluidos Magde y su marido. Clarence hijo dormía ya apaciblemente, y mi humor, que en otras circunstancias debiera haber sido excelente, distaba mucho de ser bueno. Mynea acaba de anunciarme la segunda y próxima visita de la cigüeña, cosa que, en la situación en que nos hallábamos, no nos favorecía en absoluto.

Paes y yo estuvimos discutiendo largamente sobre el tema. Las desapariciones de animales domésticos, habían cesado desde hacía cinco largas semanas. Los dos monstruos tenían que haber alcanzado ya un tamaño fenomenal, por lo menos el doble del que tenían cuando destruyeron mi casa.

—Pero ¿dónde se esconden? —exclamé yo, al cabo—. No son un perrillo faldero precisamente para agazaparse bajo unas mantas. Aquí, en los Estados Unidos, no hay frondosas selvas como en su Brasil natal, doctor Paes. Únicamente podríamos hablar, acaso, de los grandes bosques de «sequoias» de California y de Oregón, donde las coníferas alcanzan cincuenta y más metros. Pero, aun así, aquello está densamente poblado; hay colonias de leñadores; la actividad de la industria forestal es muy grande… A la fuerza deberían habernos señalado la presencia de los arácnidos, ¿no opina usted así?

Paes asintió en silencio. Era aficionado a la pipa y hacía tiempo que fumaba la suya calladamente, en actitud reflexiva. De pronto dijo:

—¿Tiene usted un mapa de esta zona de los Estados Unidos, profesor?

—Claro que sí —contestó el sargento en mi lugar. Se levantó y un minuto después volvía con el mapa. Mientras, Mynea y la señora McCoy habían despejado la mesa de tazas y vasos, dejando tan sólo un cenicero.

McCoy extendió el mapa. Paes pidió un lápiz, con el cual empezó a señalar algunos puntos en el mapa.

—He estado siguiendo al dedillo las actividades de los monstruos —empezó diciendo—. Quizá esto que voy a expresar sea únicamente una absurda hipótesis, pero, en las circunstancias en que nos hallamos, conviene aprovecharlo todo.

—Muy bien, pues, adelante, doctor —dije.

Paes marcó una docena de puntos, todos los cuales formaban, aproximadamente, un gran círculo en torno al lugar donde yo había tenido mi casa.

—Éstos son los lugares donde han sido avistados los monstruos *en tierra*, fíjense bien, no en el aire. En una ocasión, creo que uno voló sobre Nueva York, pero a diez o doce mil metros, y otro, o el mismo, fue visto sobre Elizabeth City, ya en Carolina del Norte. Pero ninguno de los dos se posó en tierra en estos lugares ni en sus inmediaciones.

»¿Por qué? Quizá dentro de unos momentos pueda explicarlo. Profesor, ¿se ha dado usted cuenta de que, aparte de los que murieron en el Brasil, aparte de Trevor y de su ayudante, *los monstruos no han devorado ya a una sola persona*?

Miré estupefacto a Paes. Hasta entonces no había caído en aquel singular detalle.

—Es cierto que se han producido algunos muertos —siguió el brasileño—, en especial con la súbita aparición del monstruo al surgir de la grieta donde se había refugiado, pero todos fallecieron, valga la expresión, por atropello. Hasta ahora, y después de Trevor y su ayudante, los arácnidos se han alimentado *exclusivamente* de vegetales y de animales, domésticos en su inmensa mayoría, aunque es de suponer —sonrió Paes—, que también se hayan zampado algún conejo y alguna paloma silvestre como aperitivo. —Lanzó su lápiz sobre el mapa—. Pero ni una sola persona más ha sido devorada, fíjense bien en este importantísimo detalle.

Durante unos momentos, me esforcé por analizar las palabras de mi colega. De repente se me ocurrió una idea horrible. Recordé anteriores pensamientos sobre un posible odio hereditario y…

—¡Diablos! —exclamé—. Doctor Paes, no irá a sugerirme que estamos bajo el influjo de una especie de maldición semejante a la de los arqueólogos que descubrieron la tumba de Tutankhamen. Dicen que todos ellos murieron misteriosamente por haber violado el eterno descanso del faraón.

—A mi entender, aquí está sucediendo una cosa parecida, profesor —dijo Paes, chupando la pipa incansablemente.

—¡Eso no puede ser! —protesté con vehemencia—. Aquellas muertes no pasaron de ser una desdichada coincidencia. Además, ahora se trata de seres vivos y no de la maldición de unos sacerdotes egipcios que murieron hace cuarenta siglos.

—Usted lo ha dicho, profesor, se trata de unos seres vivos. Pero ¿qué clase de seres vivos? ¿Los conocemos bien acaso? Su esposa nos ha dicho que poseen inteligencia-instinto, pero ¿qué saben más de ellos en Vertevo?

—No mucho más —confesó Mynea—. Ciertamente, no son seres que se presten mucho al estudio, doctor Paes.

El brasileño me apuntó con la pipa.

—Bien, entonces, fíjense en un detalle. Trevor se lleva los huevos y éstos hacen eclosión. Los animales le matan, cosa nada extraña; pero después, cuando ya han adquirido cierto grado de desarrollo, sin causar hasta entonces otras víctimas, se dirigen *rectamente* hacia su casa. ¿Por qué? ¿Quién les dijo que ustedes vivían allí? Había más granjas en el camino, pero no atacaron ninguna de ellas, sino precisamente la suya, profesor Dempsey; y su suerte estribó en la inteligencia y rapidez de acción de su esposa, que encontró un seguro medio de salvación. ¿Se da cuenta de que los animales, repito, insisto en ello una y otra vez, no han atacado a otras personas?

Las palabras de mi colega me dejaron confuso. La extraña hipótesis concebida tiempo atrás comenzó a tomar cuerpo en mi mente.

—Doctor, usted no intentará sugerir…, —dije, con un casi ininteligible balbuceo.

—Pues, no tengo pruebas científicas en qué apoyarme pero, a la

luz de los hechos, no encuentro otra explicación —afirmó Paes.

—¡Eso sería absurdo! Significaría, sencillamente, que se puede transmitir el odio por herencia.

—Repito que desconocemos casi por completo las principales características, al menos las internas, de esos animales —insistió Paes—. ¿Por qué unos animales capaces de trasladarse a través del espacio a velocidades hiperlumínicas, no han de poseer la facultad de transmitir a sus descendientes ciertos sentimientos de afecto o antipatías?

—Eso sería decir tanto como que un ser viviente puede influir, conscientemente, en sus cualidades genéticas, para transmitirlas a sus descendientes. Yo puedo hacer que mis hijos le amen o le odien a usted, doctor, pero ha de ser a base de persuasión, cuando hayan alcanzado cierto grado de inteligencia, no en el momento… —Me di cuenta de que Mynea se estaba poniendo muy colorada y varié algo el sentido de la frase—, bueno, antes de nacer.

Impasible, Paes atacó de nuevo su pipa y volvió a encenderla con una cerilla que le ofreció McCoy.

—Usted no puede hacer semejante cosa, desde luego. Gran parte de sus cualidades están transmitidas a sus descendientes, en razón de las leyes de la herencia. Sus hijos pueden heredar de usted la inteligencia y de la madre la belleza. —Mynea inclinó la cabeza, en señal de agradecimiento por la gentileza—. Hijos de padres sanos, suelen serlo también, sanos en todos los conceptos, física y mentalmente; y una sanidad física y mental se traduce en limpieza de alma y de cuerpo, es decir, inteligencia y hermosura. Naturalmente, usted no puede transmitirles por simple genética la simpatía o el odio hacia una persona, sino que ha de esperar a que lleguen a la edad del uso de razón para que alcancen la suficiente comprensión que les haga entender sus sentimientos y aceptarlos o rechazarlos.

—Bien —dije—, supongamos que es así en el caso de las Bestias. Esos seres odian a quienes exterminamos a sus progenitores. Sí, doctor, tiene usted razón; salvo las primeras víctimas, y posiblemente lo fueron por razones de simple defensa o por necesidades alimenticias, luego no ha muerto ya nadie. Pero hemos de tener en cuenta una cosa: los huevos estaban ya puestos cuando matamos a los padres…

—Cierto, pero ¿cómo afirmar rotundamente que no fue la hembra, sino el macho el que les transmitió tales sentimientos de odio hacia nosotros? Destruimos una docena de huevos, es verdad, pero quedaron cuatro en otro lugar, que son los que encontró Trevor y trajo consigo. El macho nos atacó a corta distancia del nidal. ¿Lo hacía por odio hacia nosotros? ¿Trataba de proteger a los últimos vestigios de su prole de un seguro exterminio? ¿Quería recuperarlos del helibús en donde ya estaban, sin que ninguno de nosotros, a excepción de Trevor, conociera semejante dato?

Las razones de Paes parecían incontrovertibles. Sin apenas tomar aliento, prosiguió:

—Ignoramos en absoluto lo que sucedió entre la destrucción de la hembra y sus huevos y el momento en que Trevor escondió subrepticiamente los cuatro que trajo consigo a los Estados Unidos. Ninguno de nosotros los vio hasta que ya era demasiado tarde; es decir, vimos solamente a dos, porque la pareja superviviente había fructificado ya. Pero estuvimos muchos días volando por distintas zonas de la comarca y solamente los tres últimos acampamos en aquel lugar. ¿Qué sucedió en ese espacio de tiempo? ¿Poseen los arácnidos voladores alguna cualidad especial que les permite influir en el embrión, inculcándole, valga la palabra, ciertos sentimientos hacia determinada persona? Si esto fuera verdad, y no parece que haya motivos para dudar de lo que digo, entonces, durante el período citado, el macho habría depositado su carga de odio, por decirlo así, en los embriones de los huevos, como una especie de seguro de venganza contra su posible destrucción. No olvidemos que esos animales poseen una inteligencia-instinto cuyo alcance total nos es completamente desconocido.

—Pero entonces —alegué— el macho no sabía que íbamos a matarle nosotros precisamente.

—¿No lo sabía? ¿O sí lo sabía? —exclamó Paes—. Aún hay otra cosa todavía. La señora Dempsey vino persiguiéndolos desde Vertevo. ¿Conocían los monstruos ese detalle? Es de suponer que sí, en cuyo caso el macho traspasó a los embriones su carga de odio, por procedimientos que ni siquiera somos capaces de sospechar y mucho menos de entender. Sea como sea —concluyó el brasileño— hay un hecho indubitable, irrefutable: ¿cuántos seres humanos han muerto directamente después de Trevor?

Un hondo silencio cayó sobre la estancia. Instintivamente, oprimí las manos de Mynea con las mías. Las razones de Paes acababan de descubrirnos una cosa: los tres y, subsiguientemente mi hijo —y los que tuviéramos más adelante, si entretanto no habíamos exterminado a los arácnidos espaciales— estábamos sujetos a su amenaza, bajo la amenaza de un odio transmitido cuando no eran aún más que un germen informe, sin rastro alguno de vida animada todavía.

Carraspeé para aclarar la voz.

—Ad… admitamos lo que usted dice, profesor —murmuré en tono desmadejado—. ¿Dónde… dónde pueden haberse escondido los monstruos?

Paes trazó con el lápiz una gran aspa en la parte correspondiente a la tierra firme.

—Llevamos más de cinco semanas sin la menor noticia de los animales. Nadie ha informado de pérdida de animales domésticos ni de daños en las propiedades. Eso significa que los arácnidos espaciales están escondidos en algún sitio, en un lugar donde son perfectamente invisibles, un escondite capaz de contener miles y miles de millones de seres análogos, sin que ningún ser humano sea capaz de enterarse siquiera de que existen, a menos que ellos mismos lo deseen.

El lápiz trazó un gran círculo en una zona azul del mapa.

—¡Aquí están las bestias: en el Océano Atlántico!

CAPÍTULO XII



bsurdo! ¡Imposible! ¡Eso es una insensatez!

Pegué un puñetazo sobre la mesa. Dos años y medio atrás había realizado en el mismo sitio y ante el mismo personaje un gesto análogo.

—¿Por qué dices que es imposible, Pierre? —dije, casi a gritos—. En una ocasión te expresaste de parecida manera, ¿lo recuerdas?

El rostro de mi amigo se puso del color de la grana. No le agradaba que le recordasen su fracaso, que estuvo a punto de costarle el puesto.

—Está bien —dijo, reticente—. Admito que puede ser… aunque no comprendo cómo pueden vivir unos seres en un medio desprovisto de oxígeno…

Me lleve las manos a la cabeza.

—¡Santo Dios! Se supone que tú eres un científico, Pierre. Esos seres vinieron volando a través del espacio, desde un mundo

situado a treinta y ocho años luz. Es en el espacio donde no hay oxígeno, pero sí en el mar y… ¿te imaginas además, la cantidad de alimento que el océano puede suministrarles? Llevan ya más de cinco semanas sumergidos debajo de las aguas. ¿Sabemos si el mar es un medio aún más favorable para su desarrollo?

—Pero hay millones de kilómetros cúbicos de océanos en la Tierra, Clarence —arguyó mi amigo—. No podemos explorarlos todos; eso es algo que se sale por completo de la capacidad de acción de los hombres.

—Cierto, pero tanto el doctor Paes como yo hemos llegado al convencimiento de que la zona a explorar es muy limitada.

—Explícate. —Dupitt frunció el ceño.

—Nosotros estamos ahora en Washington —dije—. Bien, tengo casi el absoluto convencimiento de que los monstruos no se han ido más lejos de la bahía de Chesapeake.

—¡La bahía de Chesapeake! —repitió mi amigo—. Y ¿por qué no en la fosa del Hudson o en el estrecho de Long Island o en el Caribe?

—Porque mi esposa, mi hijo, Paes y yo, estamos en Washington, y esos monstruos nos persiguen a nosotros cuatro exclusivamente, y sólo buscan la ocasión de actuar con un máximo de, digamos, ventajas para ellos.

Dupitt parpadeó.

—¿Que os persiguen a vosotros cuatro? —resopló.

—Doctor Paes —dijo amargamente—, explíquele al honorable Secretario de Cultura su teoría.

—Sí, profesor. —Acto seguido, el brasileño empezó a hablar y lo soltó todo de un tirón.

Cuando Paes concluyó, Dupitt estaba visiblemente impresionado. Tabaleó durante unos momentos sobre la pulida cubierta de su mesa y luego tocó un interruptor.

—¿Señor? —dijo la voz de un secretario.

—Póngame con el Secretario del Interior. Es urgente.

—Sí, señor.

Mientras le concedían la comunicación, Dupitt me miró fijamente.

—Clarence, ¿tienes alguna idea para combatir a los monstruos?

—Ninguna, excepto que hemos de darnos prisa, mucha prisa,

para impedirles que puedan llegar a la edad adulta y reproducirse —contesté con voz firme.

En aquel momento, llamó el Secretario del Interior.

* * *

Por sexto día consecutivo estábamos navegando a bordo del *Coronado*
U. S. S.
, barco de guerra que apenas si se utilizaba ya más que para adorno, pero que en la presente ocasión había debido ser aparejado con todo lo necesario para combatir a los monstruos. Cohetes dotados de cabeza de rayos infrarrojos, artillería de tiro automático, lanzacargas, lanzallamas, todos los aparatos de matar, en fin, que casi ya estaban en desuso, habían sido embarcados e instalados en el *Coronado* en una operación «record», que apenas si había durado dos semanas. Mientras el buque navegaba lentamente, recorriendo los menores recovecos de la bahía, es decir, donde podía hacerlo sin riesgo de encallar, con Paes y conmigo a bordo, Mynea, el niño y Magde seguían en Washington. McCoy, por supuesto, se hallaba con nosotros, armado con todo su equipo que no abandonaba ni para dormir.

El *Coronado* arrastraba un sistema de sondeo visual: simplemente, una cámara de TV encerrada en una cámara estanca, por encima de la cual había cuatro potentísimos reflectores que disipaban las tinieblas en el fondo de las fangosas aguas de la bahía de Chesapeake. La cámara podía ser orientada en el sentido más conveniente, a fin de captar las imágenes que se juzgasen interesantes, a la vez que un sistema automático la hacía ascender y descender según las irregularidades del fondo. Las imágenes captadas se recogían en diversas pantallas, ante las cuales había siempre varios observadores de guardia, día y noche, constantemente, sin que ni por un momento cesara la estricta vigilancia que se ejercía sobre los receptores.

Los haces de luz barrían las tinieblas en un radio de casi cien metros, distancia más que suficiente para captar las figuras de los monstruos, cuyo tamaño, suponíamos, debía resultar espantoso ya a aquellas alturas. Sólo de pensarlo me ponía enfermo.

La tensión a bordo del *Coronado* era grande. Ahora ya no se trataba de reportajes hechos por periodistas de información desbocada, sino de una realidad, una espantosa verdad. Los relatos hechos por quienes habían visto a uno de los monstruos atacando con ciega furia, no habían contribuido precisamente a aumentar la moral del público. Y si a ello se añadía el temor de que en cualquier momento pudiera surgir del fondo del mar aquella pareja de supermonstruos, capaces de arrasar una ciudad sólo con su empuje, se comprenderá cuál era el estado de ánimo de cuantos nos hallábamos a bordo del navío.

El día declinaba ya. Antes de una hora se haría de noche. Exhaustos por las largas horas de vigilia, con los ojos doloridos a fuerza de tenerlos clavados en las pantallas, Paes y yo nos disponíamos a retirarnos a descansar siquiera hasta la media noche. Aunque había un par de pantallas en el puente, para uso y guía de los oficiales de derrota, el centro de observación había sido instalado en la cámara desde donde se dirigía el fuego de la nave en caso de acción. Cinco o seis observadores espiaban sin cesar las imágenes captadas en otras tantas pantallas, todas en color y relieve y dos de ellas de un tamaño superior al metro y medio.

Un marinero pasó repartiendo café. Paes y yo tomamos nuestros vasos respectivos. El marinero dijo que podíamos cenar cuando quisiéramos. Paes habló de que era una buena idea y empezó a ponerse en pie.

Los peces nadaban tranquilamente frente a la pantalla, no muchos ciertamente, aunque a veces se veía alguna bandada que navegaba velozmente por el fondo de las aguas, que en aquel punto, justo frente a la desembocadura del Pamunkey, entre ésta y Cabo Charles, alcanzaba una profundidad no mucho mayor de los cien metros. De repente, los peces se desbandaron y desaparecieron en un santiamén, en una maniobra brusca, totalmente insólita.

Frente al objetivo, el fango del fondo se removió bruscamente. Algo brilló con extraño fulgor en el fondo de la bahía.

—¡Ahí está la bestia! —chilló alguien.

Un claxon empezó a sonar inmediatamente, llamando a los hombres a sus puestos de combate. Sonaron pasos acelerados por todas partes. Los gritos y las órdenes se confundían en infernal baraúnda en torno a nosotros. La fatiga y el sueño desaparecieron

inmediatamente.

Las máquinas hicieron retemblar la estructura del barco. El capitán, guiándose por las pantallas, condujo la nave muy lentamente en dirección al lugar donde se hallaba el monstruo. Un minuto más tarde, pudimos verle de nuevo, pero, faltos de elementos comparativos, no podíamos juzgar su tamaño actual.

La cámara efectuó un rápido barrido de 360 grados. No había más monstruo que aquél en las inmediaciones. Resultaba imperativo, pues, combatirlo en el acto.

Las órdenes del comandante resonaron tajantes y precisas. En la popa, los lanzacargas fueron aprestados y puestos en posición. Dado que el monstruo parecía inmóvil, agazapado en el fondo de la bahía, el comandante del *Coronado* ordenó una virada en redondo, a fin de situar la popa en dirección a la bestia.

El animal disparó repentinamente un tentáculo y seccionó el conjunto de cables que sustentaban el equipo de captación de imágenes. El barco sufrió un leve estremecimiento y las cámaras quedaron ciegas.

En aquel momento, las primeras cargas de profundidad volaron por los aires, hundiéndose en el agua con secos chapoteos. Paes, McCoy y yo salimos a cubierta y nos encaminamos a popa, a fin de presenciar el combate.

A sesenta metros de profundidad, las cargas empezaron a estallar con devastador estruendo. El mar se levantó numerosas veces en altísimos geyseres, a la vez que las explosiones repercutían contra la quilla de la embarcación. Después de una larga andanada de casi veinte cargas, hubo una momentánea suspensión del fuego.

La superficie del mar se tranquilizó momentáneamente.

—Es imposible que nada haya podido sobrevivir a semejantes estallidos —dijo Paes.

—De todas formas —rezongué—, habrá que decir que instalen otro sistema visor. Mientras no contemplemos el cadáver de la bestia…

No pude acabar la frase. En aquel instante, las aguas empezaron a hervir a pocos metros de la popa.

Sonaron gritos de alarma. En el puente, el oficial de guardia empezó a dar órdenes frenéticamente. Las hélices propulsoras giraron de nuevo.

El monstruo emergió súbitamente. Estoy seguro que a todos les pasó lo mismo que a mí: se quedaron con la boca abierta de par en par. El asombro paralizó durante unos instantes a cuantos nos hallábamos a bordo del *Coronado*.

Había razones más que sobradas para que todos nos sintiéramos convertidos en estatuas durante unos momentos. El tamaño que el monstruo había alcanzado era fabuloso, aterrador.

Emergió con relativa lentitud, arrojando cascadas de agua a los costados. El tamaño que la bestia había alcanzado en aquel tiempo era un tercio mayor que el macho muerto a orillas del Jatapu. Calculo que su longitud total debía de ser, a juzgar por lo que emergía fuera del agua, de unos sesenta metros de largo. Posado en tierra, su altura no hubiera sido inferior a la mitad de la cifra citada. El resto de sus órganos tenían las proporciones dimensionales adecuadas.

La cabeza del monstruo era enorme. Sus dos tentáculos prensiles oscilaron fuera del agua. Tenían una longitud de veinte metros, al menos, y estaban dotados de unas tenazas de seis metros de largo. Era evidente que las semanas de inmersión en el seno de la masa líquida, con la superabundancia de alimento de que había podido disponer, habían contribuido de una manera apenas imaginable a su rapidísimo desarrollo.

Dos de las patas delanteras del monstruo se posaron en la popa del navío, con un tremendo golpazo, haciéndolo oscilar adelante y atrás. Sonaron gritos de terror de los tripulantes situados en aquel lugar, quienes, sorprendidos por la repentina aparición del monstruo, trataban de escapar frenéticamente.

Las mandíbulas de la fiera empezaron a abrirse y cerrarse, cortando como si fuera papel todo cuanto encontraban a su paso. Gruesas planchas del más duro acero cedían con toda facilidad y, en unos segundos, la estructura de proa quedó arruinada.

De súbito, el monstruo sufrió una terrible convulsión. Al mismo tiempo, el barco se estremeció espantosamente. Comprendimos que las hélices propulsoras le habían destrozado algún miembro, pero, al mismo tiempo también, el avance del barco cesó en seco.

Las mandíbulas oscilantes subieron y bajaron, golpeando con terrible fuerza la cubierta de popa. Sujeto el barco por las dos patas delanteras, no podía navegar, obedeciendo a la ciega insania de la

Bestia. Los golpes resonaban con un fragor espantoso, casi musicalmente, y era evidente que, en pocos segundos más, la popa quedaría completamente destrozada, con lo que, al irrumpir las aguas en el interior del casco, el naufragio no se haría esperar. Y si naufragábamos, ya podíamos prepararnos para servir de alimento a la fiera.

El comandante y los oficiales daban órdenes a voz en cuello. Los megáfonos bramaban continuamente y los tripulantes corrían alocadamente de un lado para otro, sin que nadie se entendiera en aquella infernal baraúnda provocada por la acción del monstruo.

Fue la oportuna intervención de McCoy lo que nos salvó a todos. De lo contrario, esta historia no habría podido escribirse. El sargento saltó hacia adelante y se sentó en el sillín de mando de una pieza cuádruple de 40 milímetros, abandonada por sus sirvientes apenas vieron emerger al monstruo.

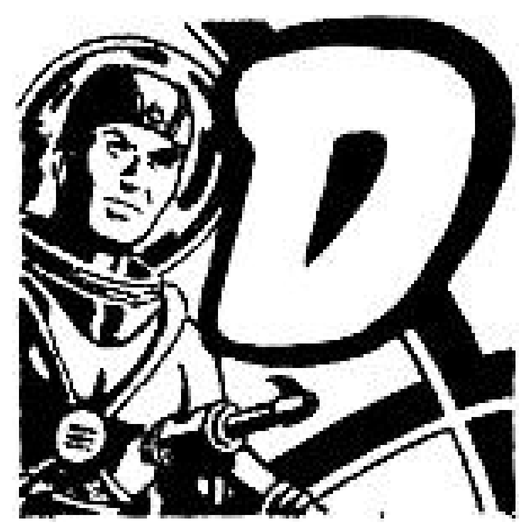
Las manos de McCoy hicieron girar frenéticamente las ruedecillas de alcance y puntería para mover la pieza hasta que los cañones adoptaron la posición horizontal. Movió un poco la rueda de puntería y, apenas tuvo la cabeza de la fiera en el centro del visor, oprimió el pulsador de disparo.

Los cañones vomitaron una rugiente andanada de proyectiles de alta velocidad y gran poder expansivo. Las detonaciones sonaron estruendosa y rápidamente, mientras las granadas se hundían en la cabeza del animal, estallando en su interior con sordas explosiones. De pronto, la cabeza se abrió en mil pedazos, derramando una sustancia espesa, semilíquida, de color y olor abominales, que nos hizo sentir náuseas a cuantos estábamos allí.

Los movimientos de la Bestia cesaron en el acto. Lentamente, sus tentáculos perdieron la fuerza y dejaron de agitarse. Luego, poco a poco, con gran remover de espumas, se sumergió en el mar y ya no la vimos más.

El *Coronado* quedó sin propulsión, al garete. Tuvimos que pedir socorro por radio para que vinieran a remolcarnos.

Capítulo XIII



espuésde aquellos sucesos, transcurrió casi un mes.

Todavía quedaba un arácnido vivo. Pero las sucesivas pesquisas no habían dado resultado. Después de haber matado a su pareja, el superviviente no había sido avistado. —Y es imperativo hallarlo— dijo Dupitt, ahora ya realmente convencido de la amenaza que entrañaba el monstruo—. Supongamos que es la hembra. Antes de un mes, habrá llegado la época del desove y… ¿qué sucederá cuando tengamos una docena de esos seres rondando por el mundo?

Mynea entró con un carrito cargado de tazas. Empezó a servir café en medio de un sombrío silencio. Ni Paes, ni yo, ni Gordon ni McCoy habíamos contestado a las palabras formuladas por el Secretario de Cultura.

Dupitt me miró con ojos centelleantes.

—Clarence, ¿no me sugieres nada para acabar con esa amenaza?

Cogí la taza que me ofrecía mi esposa y tomé un par de sorbos

de café antes de contestar.

—No se me ocurre nada, absolutamente nada.

—¿Doctor Paes?

—Ese animal no permite publicar carteles de recompensa —contestó el brasileño con amargo humorismo.

—¿Gordon?

—Si conociéramos su situación exacta en el fondo del mar, lanzaríamos un proyectil nuclear de baja potencia —contestó el requerido—. Ya vimos que las cargas de profundidad no le causaban daño alguno o, por lo menos, en forma perceptible.

—Sí, pero ¿continúa aún en el fondo del mar?

Nuevamente descendió el silencio sobre nosotros. Un silencio denso, enervante, que atirantaba nuestros nervios hasta ponerlos como cuerdas de violín.

—Y el animal sigue en la Tierra, de ello no cabe la menor duda —murmuró Paes, como si hablara consigo mismo.

—¿Cómo está usted tan seguro? —preguntó Gordon vivamente.

—Está decidido a realizar una venganza y no se moverá hasta que haya conseguido sus fines o hasta que perezca. Su… progenitor le inculcó unos sentimientos de venganza, de odio, sentimientos que, indudablemente, habrán aumentado con la muerte de su pareja. O satisface sus ansias de odio o perece.

—Y lo peor de todo —añadí yo—, sería que se reprodujese y transmitiera a sus descendientes el odio que siente hacia nosotros.

—¿No se le habrá anticipado la época del desove? —preguntó Gordon—. Para unos animales que pueden vivir y moverse perfectamente por el espacio, la existencia en el fondo del mar no debe entrañar grandes dificultades. Y si está desovando, su facilidad de movimientos será muy reducida, según tengo entendido que sucede en tales momentos.

—Lo de menos, basta cierto punto, es el desove —rezongué—. Es el sitio exacto donde está lo que realmente importa.

Mynea vino de pronto, se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—Hay —dijo sosegadamente— un medio infalible de capturar a la Bestia y destruirla.

—¡Señora Dempsey! —gritó Dupitt.

—¿Es cierto eso que está diciendo? —preguntó Gordon con ojos llameantes.

—Sí —contestó ella.

Callamos todos un momento, mientras la contemplábamos con renovado interés.

—Por el amor de Dios, Mynea, explícate pronto —dije—. Explícate o reventaremos.

Mynea oprimió mi mano afectuosamente.

—Hemos podido deducir que esos animales nos odian: a ti, a mí, al doctor Paes y, presumiblemente, a nuestro hijo, solamente por ser descendiente nuestro. Antiguamente, según tengo entendido, en ciertas religiones salvajes y bárbaras, se ofrendaban sacrificios humanos para calmar la cólera de los dioses. Creo que en las islas de los mares del Sur, cuando un volcán entraba en erupción, los indígenas sacrificaban a una o más doncellas, arrojándolas a la lava hirviente del volcán para mitigar sus iras.

Un temblor nervioso acometió todos mis miembros al comprender la idea de mi esposa.

—¡No! —grité—. ¡No consentiré que hagas eso jamás! ¡Sería una locura, no quiero exponerte a la muerte…!

Paes me tocó en el hombro.

—No se ponga histérico, profesor —dijo en tono sensato—. Los nervios perjudican más que benefician en todas las ocasiones. Discutamos la propuesta con calma y serenidad. Señora Dempsey ¿por qué no termina usted de explicarse?

—¡No se lo permitiré! —grité—. Mynea, calla y no digas una sola palabra, ¿me oyes? Soy tu marido y te prohíbo…

—Por favor, querido —dijo ella dulcemente—, déjame exponer mi plan. Ten un poco de calma, te lo ruego.

Dupitt se inclinó hacia adelante.

—Señora Dempsey, la escuchamos.

—Es bien sencillo. Creo que ustedes dicen algo parecido a esto: Puesto que la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña.

Gordon hizo chasquear sus dedos.

—Y como el monstruo no aparece, hay que hacerle aparecer. Un cebo, ¿no es eso?

—Justamente, señor Gordon.

—El monstruo está escondido. Hay que hacerle salir, pero si no se le ofrece un motivo razonable para hacerlo, continuará escondido.

—Y ¿cuál es el resto de su plan?

—Situarme a la orilla del mar, más o menos donde murió su pareja, y esperar, eso es todo.

—Yo iré contigo —dije—. No te dejaría sola por nada del mundo.

Mynea me miró y sonrió suavemente.

—Querido —contestó—, sabía que acabarías por decir algo parecido.

—Bueno —intervino el brasileño—, a lo que parece, un servidor es también objeto de las antipatías del bichito, así que ya somos tres a servir de cebo.

—El niño no, desde luego —protesté vivamente.

—El niño vendrá también con nosotros —dijo Mynea.

—¡Eso es una locura! —vociferé.

—Al contrario —rebatió ella—; es lo más sensato que podemos hacer. No podemos dejarlo solo, mientras esperamos en la playa. Imagínate que el monstruo detecta el lugar exacto donde está Clarence y lo ataca. ¿Qué más podría desear él que una división de nuestros esfuerzos? Figúrate que nosotros estamos esperando y, en el intervalo, la fiera… Esta casa —miró en torno suyo—, no resistiría un par de asaltos suyos. Además, el cebo podría resultar incompleto sin la presencia del niño. Tengo la seguridad de que el monstruo ansía destrozarnos de un solo golpe. Quizá no hubiera atacado al *Coronado* de no haber sido por la necesidad de defenderse; posiblemente la salva de cargas no le causó gran daño, pero temía que más explosiones acabaran por matarlo. Entonces, atacó por necesidad de defensa.

—Su hipótesis es enteramente razonable, señora Dempsey. —Gordon se puso en pie—. Voy a disponerlo todo para actuar cuanto antes, pero de una cosa pueden estar seguros y es de qué serán defendidos como jamás nadie lo ha sido antes de ustedes.

Volví los ojos hacia Mynea. Ella me miró: estaba muy pálida, pero su rostro expresaba una resolución inquebrantable.

Estábamos cerca del mar, no lejos del punto donde había tenido lugar el último ataque del monstruo, a unos trescientos metros del borde y en la linde un bosquecillo de pinos, situados a unos veinticinco o treinta metros sobre el nivel de las aguas. El Ejército nos había montado un par de tiendas de campaña, una para el

doctor Paes y otra para nosotros tres. Después de facilitamos todo lo necesario tocante a alimentos y pertrechos, se habían marchado, dejándonos solos en aquel paraje.

El tiempo era excelente, aunque ni por todo el oro del mundo hubiéramos tomado un baño en el mar tan próximo. Paes y yo permanecíamos todas las noches en vela, armados hasta los dientes, sometidos a una tensión intolerable que amenazaba con arruinar nuestro sistema nervioso. Y lo peor de todo era que sabíamos que, a cada día que pasaba, nuestras probabilidades iban disminuyendo con inexorable seguridad, a la par que aumentaban las del monstruo y sus descendientes.

El único que lo pasaba bien era el pequeño Clarence, para quien aquellos días de *camping* eran una fuente de continua delicia, turbada únicamente por el escaso radio de acción de sus correrías, vigiladas incesantemente por su madre y por uno de nosotros, mientras el otro descansaba.

Transcurrieron casi dos semanas sin percibir la menor señal del monstruo. Ya empezaba a pensar en que la idea de mi mujer había resultado absurda, aunque, prudentemente, me abstenía de manifestar nada en tal sentido. Pero sabía que estábamos necesitando un descanso en un lugar donde no supiéramos nada de los monstruos o, de lo contrario, acabaríamos en un sanatorio para enfermos mentales.

Aquel día, a mitad de la comida, con los nervios de punta, se me ocurrió suscitar la conversación.

—Si el monstruo no aparece pronto, deberemos suspender el experimento. No quiero que…

Algo crujió de repente no lejos de nosotros.

Mis palabras quedaron cortadas en seco. Miré a Mynea; su rostro acababa de adquirir la blancura de la nieve. Su primer gesto fue coger a Clarence en brazos y oprimirlo fuertemente contra su pecho.

Miré hacia el mar; aparecía brillante, tranquilo, con apenas unas leves ondulaciones en la orilla de la playa.

El crujido se repitió, esta vez más fuerte. Entonces nos dimos cuenta de que sonaba hacia el interior, a nuestras espaldas.

Paes se puso en pie y agarró un lanzagranadas. Yo hice lo mismo. Nos miramos en silencio; sin necesidad de hablar, comprendimos la infernal astucia de la bestia, que había dado un

gran rodeo a fin de cortarnos una eventual retirada a través del bosque, donde sus esfuerzos podían haberse visto obstaculizados por los árboles.

—¡Vamos, Mynea, retrocedamos!

Lo abandonamos todo y echamos a correr oblicuamente en dirección a la playa. Los crujidos aumentaban y el ruido ponía los pelos de punta. Así recorrimos un espacio de unos cien o ciento cincuenta metros.

Y, de repente, la Bestia se hizo visible y nos miró.

Aún no había llegado al lindero del bosque y ya sobresalía por encima de las copas de los árboles. Su aspecto era aterrador, espeluznante.

Sabíamos que, por encima de nosotros, día y noche, había un par de escuadrones de aviación volando constantemente, armados con los proyectiles más modernos. Pero ahora no teníamos medios de saber si los aviones tendrían tiempo de intervenir antes de que el monstruo nos destrozase.

Repentinamente, la bestia empezó a desplegar las alas, con un horrible crujir de sus articulaciones. El horror paralizó nuestros movimientos y quedamos clavados en el suelo, en medio de la playa; hubiérase dicho que los ojos del arácnido habían paralizado nuestro cerebro. Estábamos como hipnotizados, sujetos a una fascinación irresistible, a la cual no podíamos sustraernos.

Las alas terminaron de desplegarse en toda su extensión; más de cien metros de longitud cada una. Entonces comprendimos que el leviatán espacial se disponía a saltar sobre nosotros para asestar su golpe final. Un odio inhumano latía en sus infernales pupilas, un odio físico, casi tangible.

Vagamente escuchamos el zumbido de unos aviones que se lanzaban al ataque para destruir al monstruo. Pero su destrucción entrañaba también la nuestra; la onda explosiva de la primera bomba nos destrozaría irremisiblemente.

El monstruo se remontó, iniciando el salto. En aquel instante se escuchó un agudísimo silbido.

Mynea gritó:

—¡Clarence, mira!

Un extraño artefacto descendía del cielo con una velocidad terrible. Claramente podía verse que no se trataba de ningún

vehículo terrestre. Reconocí su forma y su procedencia al instante. ¿Quién era el compatriota de mi esposa que acudía tan oportunamente?

El disco volador alcanzó a la Bestia cuando ésta, después de haber iniciado su salto, apenas había tenido tiempo de replegar las gigantescas patas bajo el vientre. Dos chorros de fuego partieron de la estructura de la astronave, encaminándose rectamente hacia el cuerpo de la bestia.

Fueron como dos rayos de un vivísimo resplandor, algo así como si el piloto del aparato emplease dos colosales lanzallamas. Los chorros de fuego alcanzaron de lleno la estructura del animal, cubriéndole de llamas de arriba a abajo y desde la cabeza a la cola.

El arácnido se desplomó de golpe, aplastando nuestro campamento y los árboles en un vasto radio. Mientras, la astronave continuaba evolucionando en torno de la Bestia, abrasándola con sus chorros de fuego, que brotaban sin interrupción, hasta que todo el cuerpo del monstruo se convirtió en un inmenso brasero.

En el último instante, cuando las llamas alcanzaban ya una enorme altura, creímos escuchar un hondo gemido que surgía de las profundidades de la Tierra. Fue una queja espectral, infrahumana; apenas audible pero, sin embargo, claramente perceptible; el último grito de rabia de un ser que se sabía irremisiblemente exterminado sin haber logrado saciar su odio espacial.

EPÍLOGO

En aquella reunión, los rostros de los presentes tenían un aspecto muy diferente: no había ni un rostro contraído ni sombras en los ojos.

Por supuesto, Mynea y yo ocupábamos lugares preferentes. Paes estaba a nuestra derecha y Jandosj, el oportuno y providencial Jandosj, a nuestra izquierda. McCoy y su rolliza Magde se hallaban también presentes, así como Dupitt, Gordon y unos cuantos «peces gordos» más del gobierno.

Lo que se discutía allí no era el exterminio de las Bestias, ya desaparecidas, afortunadamente, de nuestro planeta. En lo sucesivo, su inteligencia-instinto les haría esquivar la Tierra, lugar peligroso para sus depredaciones. Sencillamente, se discutía el problema de las relaciones del planeta con el mundo de donde acababa de llegar Jandosj, junto con los primeros astronautas que le habían acompañado en su viaje de ida.

—Mi gobierno no aceptará un embajador que no sea adecuado a la categoría de sus miembros, de Vertevo y de todo su sistema —manifestó Jandosj, después de haber rechazado, inflexiblemente, unos cuantos nombres propuestos por los Secretarios allí presentes.

Gordon levantó los brazos al cielo.

—¿Por qué no lo propone usted, Jandosj?

—Bien, estoy seguro de que los interesados no han dicho nada por pura modestia, pero eso es algo que debiera habérseles ocurrido a ustedes desde un principio. Estoy seguro de que mi gobierno concedería gustosamente el visto bueno a dicho embajador.

Dupitt me miró atravesadamente. Había sido uno de los candidatos, pero Jandosj lo había eliminado sin piedad.

Van Ritt, Secretario de Asuntos Exteriores, lanzó un suspiro.

—¿Acepta el cargo, profesor Dempsey? —me preguntó.

—Un momento.

Todos volvimos la vista hacia Mynea.

—¿Señora Dempsey? —dijo Van Ritt.

—¿Cuál es el sueldo de un embajador? —preguntó Mynea.

Van Ritt citó una cantidad. Mynea movió la cabeza.

—Ese sueldo debe referirse a un embajador normal, pero no a un embajador que va a representar a su país en un mundo situado a treinta y ocho años luz. Deben mantener a la embajada con un rango digno de su categoría, de modo que en mi país sepan todos que la Tierra es…

Van Ritt levantó las manos.

—¡Basta, señora! No se preocupe por el sueldo de su esposo. Le concederemos unos emolumentos suficientes.

—Además, mi esposo deberá tener poder de veto sobre el personal —siguió Mynea, inflexible—. Quiero que el sargento McCoy y su esposa vengan con nosotros, y supongo que el doctor Paes no rechazará el cargo de consejero cultural de la embajada.

—¡Con muchísimo gusto! —replicó el brasileño, vivamente complacido.

—Además, mi marido podrá actuar con plena independencia en los asuntos que…

Miré a Dupitt amargamente.

—¿Qué te parece? —dije—. No ha nacido aquí, pero ha aprendido con toda rapidez a ser una esposa terrestre.

—Las malas costumbres se adquieren rápidamente —filosofó mi amigo—. Y, ahora que lo pienso, me doy cuenta de que ya no te envidio el cargo.

FIN



LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA
. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.